



LA NAVE DE LOS LOCOS

Luis Rico Chávez (coord.)

La
Zonámbula

LA NAVE DE LOS LOCOS

Luis Rico Chávez (coord.)

Muestra literaria de los integrantes del taller
de creación de la Preparatoria 2, UdeG

J. López Figueroa,
Rosa Irma Narváez Nieto,
Julio E. Ruiz Monroy,
Lilián Velasco
Asesores

Universidad de Guadalajara

Mtro. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Dr. Miguel Ángel Navarro Navarro

Vicerrector Ejecutivo

Mtro. José Alfredo Peña Ramos

Secretario General

Sistema de Educación Media Superior

Mtro. Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas

Director

Mtro. Ernesto Herrera Cárdenas

Secretario Académico

Preparatoria 2

Lic. José Francisco Acosta Alvarado

Director

L. A. E. Carlos Enrique López Rosas

Secretario

Mtra. Patricia Ramírez Peredo

Coordinadora Académica

Dr. Luis Rico Chávez

Jefe Depto. Comunicación y Aprendizaje

LA NAVE DE LOS LOCOS

Luis Rico Chávez (coord.)

Muestra literaria de los integrantes del taller
de creación de la Preparatoria 2, UdeG

La
Zonámbula

**La nave de los locos. Muestra literaria de los integrantes del taller
de creación de la Preparatoria 2, UdeG**

D.R. © 2013, Miguel Ángel Almaraz Acosta, José Ramón Arias Calderón, Ana Paola Ávalos Orozco, Andrea Avelar Barragán, Carlos Camacho Sandoval, Gloria Jackelín Cantero Mariscal, Liz Carbajal, Jorge Chávez Pérez, Esmeralda Elizabeth Díaz Barba, Luis Eduardo Galindo Miranda, Jaime Abraham Guerrero Salas, Manuel Alejandro López Sandoval, Fanny Moreno Gutiérrez, Jéssica Muñoz Lomelí, Yilda Citlalli Navarro Gutiérrez, Carmen Alejandra Rincón Contreras, Andrea Robles Moreno, Mauricio Ulises Rodríguez Dueñas



La Zonámbula
Arista 2184, colonia Villaseñor. CP 44600
Guadalajara, Jalisco. México
lazonambula@gmail.com

Primera edición, 2013

ISBN 978 607 9193 52 2

Dirección editorial
Jorge Orendáin

Diseño y diagramación
Sol Ortega Ruelas

Cuidado editorial
Luis Rico Chávez

Administración
Fernando Toriz

Imagen de portada
Rafael Quiroz
La nave de los locos (serie cabildo dislábico)

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Índice

Miguel Ángel Almaraz Acosta	13
José Ramón Arias Calderón	15
Ana Paola Ávalos Orozco	20
Andrea Avelar Barragán	25
Carlos Camacho Sandoval	30
Gloria Jackelín Cantero Mariscal	34
Liz Carbajal	37
Jorge Chávez Pérez	42
Esmeralda Elizabeth Díaz Barba	43
Luis Eduardo Galindo Miranda	48
Jaime Abraham Guerrero Salas	50
Manuel Alejandro López Sandoval	55
Fanny Moreno Gutiérrez	62
Jéssica Muñoz Lomelí	79
Yilda Citlalli Navarro Gutiérrez	90
Carmen Alejandra Rincón Contreras	99
Andrea Robles Moreno	100
Mauricio Ulises Rodríguez Dueñas	112

Presentación

Grata noticia descubrir las actividades extracurriculares que se desarrollan en la Preparatoria 2. Por muchas razones. Entre ellas, la evidencia de que el esfuerzo de docentes y administrativos procura ir más allá de lo estrictamente institucional. La certeza de que existe la inquietud por parte de los estudiantes de superarse por encima de las exigencias académicas.

Con ello nuestra escuela abona en una de las funciones sustantivas de la Universidad de Guadalajara: la extensión de la cultura. De ahí que con el mayor de los gustos impulsemos proyectos como el presente: la publicación de los trabajos creativos de los bachilleres del taller de creación “La nave de los locos”.

Luego de ocho años de actividad ininterrumpida, y del entusiasmo de decenas de jóvenes que van definiendo su vocación y su amor por las letras, vemos el primer fruto recogido en estas páginas, parte del cual ya ha visto la luz o ha sido presentado en diversos foros. Esperemos que sea el inicio de un futuro alentador, de más publicaciones y de una mayor proyección de los integrantes del taller. ¡Enhorabuena!

José Francisco Acosta Alvarado

Introducción

El proyecto “La nave de los locos” surgió hace ocho años en la Preparatoria 2, como sala de lectura y como taller de creación literaria. Contra viento y marea —todo hay que decirlo, pues subraya el esfuerzo de sus tripulantes—, en ocasiones sin espacios para trabajar, padeciendo la inopia, la incomprensión, el desdén o la apatía de ciertos profesores, jóvenes bachilleres decidieron embarcarse en este viaje que ofrece pocas recompensas —salvo las personales, las de la concreción de los sueños íntimos, que son las verdaderamente valiosas— y llegaron hasta el final: desde el primero hasta el sexto semestre del bachillerato de la Universidad de Guadalajara.

Y aquí está el resultado. Decenas de jóvenes que, semestre a semestre, se suman al viaje y presentan al escrutinio de sus pares sus proyectos literarios. A veces con indulgencia, en ocasiones con saña inesperada, los trabajos van afinándose, corrigiéndose, metamorfoseándose, hasta adquirir la estructura que ahora presentamos.

Cientos de páginas se han producido, pero de ellas seleccionamos, en primer lugar, las de aquellos estudiantes que mostraron más constancia y disciplina, incorporándose a los trabajos por lo menos durante dos ciclos (en nuestra Universidad, lo sabemos, el bachillerato se divide en semestres), organizados por riguroso orden alfabético. El número de textos depende de lo prolífico de cada autor; hubo quienes asistieron durante tres años, puntuales y

sin faltar un solo día, pero nunca presentaron trabajos; otros que, con envidiable asiduidad, exponían cada semana o cada quincena el producto de sus desvelos o sus devaneos.

Algunos textos ya fueron publicados, en la revista *Vaivén* del Sistema de Educación Media Superior, en la revista digital www.agora127.com, en *Luvina Joven*, o han sido presentados en Radio Universidad de Guadalajara, en el programa homónimo, y en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Integrantes del taller han sido finalistas en diversos concursos, no sólo los convocados por la UdeG, e incluso han obtenido premios y reconocimientos por sus trabajos ensayísticos (no incluidos en esta antología, pues seleccionamos sólo cuento y poesía).

Esta labor comenzó y sigue adelante por el apoyo y el impulso de Kenia Fuentes, enlace del Gobierno de Jalisco en el Programa Nacional de Salas de Lectura; Carmen Padilla, editora de la revista *Vaivén*; Sofía Rodríguez, responsable del programa *Luvina Joven*; el maestro Beto Quiñónez, encargado del Centro de Alto Rendimiento de la Preparatoria 2; y del actual director de la escuela, José Francisco Acosta Alvarado. A todos ellos externamos un sincero agradecimiento.

¿Y qué pudiera encontrar el lector en las siguientes páginas? En voz de quienes han seguido de cerca parte del proceso, y que participan en la revisión del presente material, egresados de la carrera de Letras de la UdeG que realizan sus prácticas profesionales como parte del proyecto *Luvina Joven*: Lilián Velasco, Ramón López, Julio Ruiz, así como la maestra Rosy Narvárez, de nuestra prepa:

* * * * *

Aunque es obvio para quienes trabajamos en bachillerato, se debe subrayar que la edad de los talleristas incluidos oscila entre los 15 y los 18 años. Y deseo subrayarlo porque para mí representa una esperanza. Una vida completa de posibilidades.

Procuro imbuir en mis estudiantes mi perspectiva de la literatura: un espacio de creación en el que caben todas las emociones, las experiencias, los sueños: la vida. El arte, para mí, no es sólo un lujo o un adorno para pasar el rato. Se trata de su ser, su esencia, su andar por el mundo. Enfatizo, pues, el rostro humano, vital, de la literatura y el arte.

En cierta ocasión se nos ofreció una beca en la SOGEM. La consideré para quien en ese tiempo aparentaba seguir un camino más promisorio: mayor producción, de mejor calidad. La rechazó. “No pienso dedicarme a esto”.

Otro integrante mostró, en los periodos que participó (dos años ininterrumpidos de trabajo), una evolución más que positiva. Al final, creyendo que continuaría por el mismo rumbo, me confesó: “Mi padre quiere que estudie la carrera de...” Debía seguir la tradición familiar, por completo ajena a la literatura.

Un periodo formativo. Una etapa de promesas. Un momento fundamental en la vida de los jóvenes. Si este es el producto cuando apenas se avizora el futuro, quiero pensar que en la etapa de mayor desarrollo y madurez veremos los resultados en publicaciones locales, nacionales y del extranjero. Y que los aparadores y estantes de las librerías nos depararán gratas sorpresas con algunos de los nombres que aparecen en esta primera antología del taller “La nave de los locos” de la Preparatoria 2 de la Universidad de Guadalajara.

* * * * *

Los textos reúnen las características propias de lo literario, o cuando menos los atributos necesarios para comenzar a considerarlos como tal, por lo tanto, creo que todos merecen pertenecer y permanecer en la selección.

Textos fluidos, con imágenes muy plásticas, muestran a buenos lectores.

Cuentos muy ingeniosos, y las alusiones técnicas derivan en un buen texto.

Poemínimos excelentes, pequeños y concisos, todos muy bien logrados. Muy profundos y en lo menos dice mucho.

Dinámicos y desenfadados, bien estructurados y siempre con un final inesperado con el que, como diría Cortázar, “noquean”.

* * * * *

Los talleristas exaltan la realidad cotidiana.

Manifiestan situaciones de amor, pasión, celos y desamor con claridad y belleza.

Desbordan sus más íntimos sentimientos y su sed de libertad.

Muestran sus desolaciones y añoranzas, al lado de vibrantes anhelos.

Hacen gala de sueños y disertaciones sobre la vida juvenil.

Narran historias creativas e imaginativas.

Relatan los miedos que los frenan y apresan.

Reflexionan sobre la naturaleza del ser: felicidad, miseria, cólera, ira, envidia y desesperación.

Se trata de relatos que, por una parte, exaltan y embellecen la realidad, y por otra congelan la sangre ante la sola imaginación de los hechos descritos: muerte, desventura y homicidios.

* * * * *

Quizás decir poesía con la lengua llena de juventud sea un desatino tremendo para un escritor consumado, sin embargo, al leer esta antología joven, muy joven, creo en el acierto.

Pensar en la literatura desde un panorama temprano es indicio de hallazgos, de búsquedas, de letrear una catarsis, ya sea del amor, la soledad, la muerte, y todo esto desde el mismo sitio atrincherado, como una especie de metástasis prosaica o poética.

Se asumirán collages de poemas y cuentos; rostros que desaparecen y aparecen detrás de las lluvias, de las imágenes, de las sinestesias, y que a modo de visiones fragmentarias tienen un dejo a sabor lírico contundente.

El arte es reflejo de la vida; escribir es registrar, escribir es saltar al abismo más hondo, azaroso, y en ocasiones suicida; es apoyar la pluma en lo incierto y comenzar un trazo que dibujará un signo, que será imagen, que sumará versos o párrafos, que se hará poema o cuento, que de algún modo te asechan y atrapan sin dejarte mover, otros que a hurtadillas se filtrarán por la comisura de los labios como caballo negro en partida de ajedrez, y sin darse cuenta, estará uno sumergido en la otra orilla del lenguaje, en la punta de la lengua, avizorando el silencio símil de una imagen poética o una construcción narrativa bien hecha.

Cada autor alza la mano para decir vértigo, para testificar ese mundo de palabras erguidas como obeliscos, y plasmarlos en símbolos unitarios del trabajo constante: corregir, corregir, corregir y corregir, someter el texto al tiempo, y comprometer su propia escritura, entenderla como un riesgo perpetuo y sinuoso, porque así es la verdadera literatura, serpenteante y peligrosa.

**Luis Rico Chávez, J. López Figueroa,
Rosa Irma Narváez Nieto, Julio E.
Ruiz Monroy, Lilián Velasco**

Miguel Ángel Almaraz Acosta

Te veo en cada paso del camino
en el vacío de mis ojos;
te siento en mis miedos
pero te beso: siento el universo

Camino sobre tus ojos cansados
recorro tu piel y no encuentro el destino

Te cubres con mi pecho
y absorbes mi alma,
me cobijas con tus besos,
me apuñalas por la espalda

Saludo tus besos
en mi noche mojada
te siento distante:
aún estás en mi cama.

* * * * *

Hoy brindo
por el tiempo
que me enseñó tu camino

Hoy brindo
en protesta de tu amor
y en huelga de tus besos
por la sed de estar contigo

Hoy brindo
con esta copa
por el recuerdo de tus labios
y el sabor enervante de tus besos

Por tu infierno de rechazos
por mi cielo de esperanzas
y por que esta sea mi última copa
¡hoy brindo por ti!

José Ramón Arias Calderón

Maldita red

Frente al espejo
me veo y no me reconozco:
empiezo mi masacre.

Anonimato, el temor
de cualquiera:
ya lo olvidé.

La doble vida,
pobre pero divertida:
jamás la dejaré.

Cansado

Estoy cansado de las sonrisas,
de las aprensiones,
del calor y el frío,
del azar.

Cansado de caminar,
de estar inerte,
del vacío,

de pedir fe,
de pedir un sí.

Cansado de enamorarme,
de soñar despierto,
de la hipocresía,
de quien soy,

pero sobre todo,
estoy cansado
del miedo que siento al abrir mis ojos.

* * * * *

Estoy dispuesto a ser el mejor amigo
que una prometida pueda tener.

* * * * *

Te maldigo a muerte,
sombra adherida a sus pies.

* * * * *

Me despierto para recordarte
porque ya no te puedo soñar.

* * * * *

Soy invierno,
corazón frío
alma pura
soledad confortable

Otoño
como yo
tiras tus hojas
y tu memoria.

Parado solo

Sólo una vez
estuvo en mi vida.

Nunca fue muy feliz
ni se acordó que brillaba
en su ventana el sol.

Me dejó su dirección,
sabía que la buscaría;
lo peor: ella no vive ahí.

Corre a subirse al bus
antes me mira y yo
estoy más lejos,
se lleva en sueños
todo lo que fui.

Perdóname

Por no desviar la mirada de tus ojos,
por reírme de mi persona,
por aguantar mi felicidad,
por recordarte que son buenas las mañanas,
por extrañarte cada que te vas,
por escribir en rojo tu nombre,
por dormir frente a tu foto,
por atesorar cada tarde,
por sentir celos de tu sombra,
por quererte con amor,
y por ser como soy.

El castillo en medio del mar

Una mañana desperté en aquel extraño lugar. Estaba en un cuarto muy oscuro y al fondo podía verse una ventana que dejaba entrar un pequeñísimo rayo de luna.

Me dirigí hacia ella y vi entonces que me encontraba en un pequeño castillo rodeado de agua. Primero pensé que era un lago, o sólo una pequeña inundación, o la fosa llena de cocodrilos que se acostumbra en estos casos, pero cuando intenté ver el final del lago en el horizonte me cansé de mirarlo... me encontraba en medio del mar. Estaba tranquilo, me sentía muy bien en aquel lugar, aunque ni siquiera sabía cómo había llegado hasta ahí. Me quedé mirando por la ventana. Todavía seguía adormilado y la vista no se aclaraba todavía, por lo que frotaba mis ojos constantemente cada que quería enfocar algo, aunque sólo había agua, agua por todos lados.

El cielo estaba poblado de nubes gruesas. Parecía que darían lugar a una gran tormenta. El viento soplabla cálido y me

hacía recordar al del aliento bajo las cobijas. Luego, poco a poco, el cielo se fue abriendo, y unos rayos del sol matinal empezaron a brotar, desde el horizonte. El mar comenzó a agitarse, el agua casi alcanzaba la torre del pequeño castillo, parecía que le dolía cuando la enorme estrella de fuego salía. El mar, temeroso, no quería quemarse. ¿Pero a dónde iba? Sólo le quedaba saltar y revolverse sobre sí mismo. Unas gotas cayeron suavemente sobre mi mano. Las acerqué a mi nariz para olerlas. No era agua salada.

Para estar completamente seguro probé un poco y comprobé mi hipótesis. Entonces sentí cómo mis fuerzas regresaban. Empecé a imaginar que era parte de un ejército, siempre había querido serlo desde pequeño, pero mi mamá me decía que eso era para valientes, y que era demasiado cobarde como para ir a la guerra. Formé en mi mente una imagen de mí con armadura, escudo y espada, luchando con muchos hombres que seguían mis órdenes, todos dispuestos a morir por defender mi honor: con una sola palabra todos atacarían.

Mi mirada era la de otra persona. Aquel mar sufría por ese sol, el cual era de color azul; el mar tomó una tonalidad amarilla, y todo ese ajeteo cesó, nunca se había visto un mar tan calmado.

El castillo tembló y se estremeció, cambió de tamaño, su color y su estructura, una puerta se materializó en la pared de piedra. Desconcertado y algo aturdido me dirigí hacia ella, pero antes de tocarla, la puerta se desvaneció y el castillo con ella, todo empezó a desaparecer en fragmentos pequeños que se iban al cielo. Fue entonces cuando desperté.

Ana Paola Ávalos Orozco

Diarios para no recordar I

El tren (10/12/10)

Siento que he abordado un tren
en un viaje agobiante y eterno hacia el olvido,
guiándome sobre los carriles de mi propio miedo.
Lo he intentado frenar
para no llegar a la estación,
que con su sombra abruma mi corazón: el dolor;
pero no puedo.
He perdido la voluntad de ser fuerte,
y mis lágrimas no cesan.

Así que
he llegado a esa parada,
y parece como si se hubiese inmovilizado
para nunca más avanzar.

Sé que existe una gran diferencia
entre llegar tarde y tardar.
Yo sólo espero que en este caso
sea un recorrido que se ha prolongado
porque si he de llegar tarde
no podré cumplir el cometido de este viaje.

En el rincón más oscuro del vagón
me siento en compañía de mi fiel amiga, la soledad,
preguntándome
cuándo es que este tren comparecerá al fin de su destino.
¿Realmente quisiera arribar a él?
Sinceramente lo ignoro
pero el trayecto me está matando lentamente.

No sé, tal vez nunca lograré leer ese letrero
con fondo azul cielo y hermosas palomas de blancas plumas
sobrevolando en él diciendo:
“Bienvenido
al olvido del recuerdo”

La noche

Mi amiga, mi gran amiga de tez morena,
puntualmente llegas a visitarme y acogerme en tus fríos
brazos.
Para mí, tu visita es sagrada, mágica,
el momento en que nada importa, sólo los sueños.
Es cuando invitas al silencio a conversar sobre los pensamientos,
y mi vecina almohada es mi única y total confidente.

Ironía

He navegado en mis pensamientos
mientras tomo una botella entera de locura,
me embriago de ironía
y la vida cada vez se torna menos confusa.

Qué ironía
al creer que cuando sueño estoy despierta y cuando estoy des-
pierta sueño.
Pensar que el pensamiento no existe y puede crear
que el tiempo no se ve pero se puede plasmar
y que el sonido del viento es ruido pero hace a los árboles bailar.
Ironía, que el amor es felicidad y te hace llorar.
Sería ilógico pensar
que el corazón no puede tocar pero sí puede sentir
que una sonrisa no siempre puede reír
y en silencio es cuando más hablas de ti.

¿Te parece irónico?
Para mí es que puedas ver y estés ciego
vivir en el suelo sin vida cuando hay mucho cielo por volar.
Entonces, ironía
es mentirle a la vida en el contexto de la realidad.

Zoociedad

Un corral de cerca alta,
una voz de alguien que no conozco
me vigila, con vista cegada.
Sigo su mandato.

Perímetro de sombra aprisionada
perros atemorizantes
me inmovilizan.

Debo seguir la voz
o los perros podrían embestir.

Ensoñación

Vértigo de esperanza
siento tu piel de humo:
se desvanece.

Tinta falaz

Deifica tus labios como río.
Sumerjo el alma y mi árida tez.

Giro violento

Tus manos brotan
como pétalo de rosa,
tratan de acariciarme
pero lastiman.

Inoportuna realidad.
Mis párpados ligeros flotan:
contemplan el vacío.

Navegación

Navego en un mar de conocimiento
donde los sabios suelen ahogar la duda.
Me encuentro en largas jornadas de silencio
como buscando una respuesta en este lugar inexistente.

Hay horizontes de aguas negras,
que reflejan la noche.
En la ausencia de estrellas,
la mirada encuentra un destello sublime.

¿Debo seguirlo o esperar a que amanezca?
Me encarcelo y la razón se libera,
el sentido visual se comunica
y la luna de sueños se oscurece.

Soy esclava de cólera,
hay un sismo en mi plataforma de líquido,
intenta hundir con sus olas
mi barco de pensamiento.

La exasperación es cómplice,
ahora soy náufrago
y aunque muera de sed
no puedo beber del mar de conocimiento.

Andrea Avelar Barragán

Como si fueran lágrimas

Las gotas caen para estamparse violentamente sobre el oscuro asfalto. El cielo se cubre con nubes negras y luctuosas, empujadas bruscamente por el viento, arrastrándose sobre los tejados.

Las casas apenas respiran al otro extremo de la calle, tras la densa cortina de agua que no deja de fluir.

Las gotas bajan y se salpican. Exclaman recuerdos, imaginan preguntas incomprensibles y cuentan historias de voces.

Voces sin eco.

Voces sin sombra.

Voces muertas, sin más por decir.

Describen sensaciones extintas bajo largas filas de rostros grises que, vanamente, intentan huir para recuperar sus palabras diluidas.

Los muros que forman las estructuras parecen haberse reblandido.

Los cristales de las ventanas balbuceantes tratan de difuminar las imágenes precarias y lúgubres del interior.

Apenas sombras y siluetas

ensimismadas y hostiles

acongojadas en quietud

abstraídas y sumergidas en el silencio asfixiante

interrumpido sólo por el susurro desesperado de las gotas que caen para estamparse violentamente sobre el oscuro asfalto.

Espera

Espero sentado en las incómodas sillas. Recargo mis codos en mis piernas, escondo mi cara entre mis manos. Ahogo un sollozo... quizá dos, y espero.

Te vi en la estación de policía y un frío se extendió en mi cuerpo al recordar que miré una vez más tus ojos apagados. Te habías alejado, estabas perdida en la gris y fría distancia.

El oficial que estaba atrás de ti te sujetaba con fuerza las manos esposadas. Mirabas el suelo. Tu ser y el brillo en tu mirada habían escapado. ¿Sabes? Tengo la esperanza de que aún estén en algún lugar.

¿Mañana te veré en el periódico? ¿Una de esas noticias que suelen pasar desapercibidas? Sé que eres otra persona, alguien con sueños y convicciones, aunque hoy no sea así. Las fantasías que solíamos tener se escapan por tus labios entreabiertos... Quizá sea eso, quizá sólo tengo la absurda esperanza de que aún existan.

Levantas la mirada despacio, hacia la fila de sillas en la que estoy sentado. Tu expresión me deshace poco a poco, me quema el interior y me anuda la garganta. Aprieto mis manos, los nudillos blancos son receptores de pequeñas lágrimas que caen una tras otra después de rodar por mis mejillas.

No quiero pensar que ahora eres una persona extraña y diferente.

Me observas con el semblante en blanco. La expresión impávida de tus ojos oscuros y encarnizados no tiene ni un ápice del rutilo que tenían antes... antes... cuando me mirabas y me sonreías grácil y dadivosamente. No, ahora tus labios dibujan una tenue curva melancólica, y aunque casi no puedo percatarme los hoyuelos de tus rostro aparecen suavemente.

—¿Por qué? —pregunto sin articular sonido perceptible mientras aún te sostengo la mirada. Sonríes.

Supongo que era demasiado, ¿no? Era demasiado desde hace mucho tiempo. Los infundios, las palabras injuriosas, las pendencias, las amenazas, los golpes, el dolor... Las noches largas, los clamores innecesarios, las heridas... las que sanan en unos días, y las que se quedan ahí hasta el final... ésas son las que más duelen, los recuerdos afilados que te obligan a escapar, pero aun así te lastiman.

Era demasiado. ¿Por eso tus dedos se deslizaron por el gatillo de aquella arma? No te reprocharé si sonreíste cuando escuchaste el estrepitoso sonido del disparo. ¿Todo fue mejor después de sentir el calor del líquido espeso y rojo salpicado por tu piel? No te reprocharé si tus ojos derramaban lágrimas.

El alivio se apoderó de ti un momento... Ahora te duele saber que esa no será la última vez que llorarás por esa razón.

Los balbuceos y susurros irreconocibles de los policías que están detrás de nosotros tajan de golpe todo aquello que pude ver en tus ojos. Intempestivamente el oficial que te sujetaba te empuja hacia adelante con gesto violento, haciendo que desvíes la mirada de mí un instante, pero te detienes con firmeza y estiras un brazo; en una fracción de segundo tu mano me sujeta por la barbilla con delicadeza... los dedos que dispararon secan el llanto de mi rostro.

—¿Por qué? —pregunto de nuevo aunque sé que no quiero ni necesito una respuesta. Ya no hay nada que pueda reconocer en ti. Diriges tu mirada al frente y dejas que el oficial te empuje. Poco después desapareces de mi vista y la reverberación de tus pasos se hace más tenue.

Sigo sentado... Recargo mis codos en mis piernas, escondo mi cara entre mis manos... ahogo un sollozo... quizá dos...

La reina de Venecia

10:47 P. M.

Aparto dos pliegues de las persianas que cubren la amplia ventana que da hacia la calle; una tenue luz proveniente del faro de la acera de enfrente se filtra iluminando sin fuerza el dorso de mis dedos y mis ojos mirando hacia afuera.

Me calzo las botas negras que descansaban junto a aquel sillón viejo en donde solías sentarte. ¿Lo recuerdas? No, claro que no.

Abro la puerta con cautela. Salgo. Me doy la vuelta y me aseguro de poner llave perfectamente en todas las cerraduras.

Me ciño la vieja gabardina verde a los hombros. ¿Recuerdas eso también? Las veces que echabas tus brazos a mi cuello y todo era cálido y afable. No, claro que no, porque ahora todo es frío y gris.

Comienzo a caminar por la helada banqueta, intentando amortiguar mis pasos para andar desapercibido en la oscuridad, pero el eco reverbera, llenando la calle vacía de un ineludible sonido estremecedor.

¿Sabes? Yo ahora lo odio.

Paseo unos minutos sin rumbo fijo por las sinuosas y oscuras calles del vecindario. La noche inerme deambula alrededor de mí.

Por unos momentos sólo me concentro en la sombra oscilante que proyecto gracias a los titilantes faros y postes de la acera. Esa sensación de que es tu alrededor el que se mueve y tú sólo intentas desesperadamente avanzar... Esa sensación, ¿la recuerdas? ¡Esa maldita sensación!

El sonido que produce mi puño contra la fría pared de una construcción me saca de mi efímero aturdimiento. El dolor sordo

que empieza a recorrer mis nudillos hace que retome mi camino hacia ningún lugar. Sonríe: una ráfaga fugaz de viento me acaricia la cara, los circuitos rotos de mi piel apenas sienten el gélido roce; al mismo tiempo, la brisa estremece algunas hojas secas que apenas se levantan del suelo para volver a desaparecer en la penumbra.

Me detengo un momento, saco el reloj de bolsillo que tanto te gustaba. ¿Lo recuerdas? No, claro que no. Levanto la mirada despacio; a la mitad de la calle una figura negra y feble me observa con sus rutilantes ojos negros como la noche que nos rodea. Una sensación me recorre la espalda. Me estremezco. ¿Puedes verlo? ¿Puedes sentir el frío penetrante?

—¿De dónde vienes? —exclama— ¿Y a dónde vas?

Supongo que son preguntas, aunque su tono de voz no expresa dudas ni la más mínima curiosidad... sólo frialdad. Su voz es un precepto; su voz es de ira. La extraña silueta parada a la mitad de la noche en la calle me pide una respuesta.

—¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? —repite sin acento alguno, ladeando la cabeza con gesto retador.

Como un eco la voz repite en mi cabeza la frase. Perplejo recorro la mirada por la explanada intentando encontrar algo... ¿Qué cosa? No lo sé, ¿tú lo sabes?

Los bruñidos ojos de la figura se clavan en los míos. Trago saliva. Mi cuerpo se tensa y el sudor se resbala por mi frente. La figura comienza a fluctuar y desaparece, se esparce en la helada noche.

Sólo es un instante. Retrocedo dos pasos, me doy media vuelta despacio e intentando ser sensato me echo a correr aunque no siento las piernas.

Mi sombra me sigue de cerca mientras corro por el camino que tracé hace unos minutos. La noche se abalanza violentamente sobre mí. La voz en mi cabeza repite: “¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?”

¿Tú lo sabes? ¿O lo recuerdas? No, claro que no.

Carlos Camacho Sandoval

Haikú

Tristes nubes
lluvia entre penumbras
suaves murmullos

Fugitiva

Traía el pelo suelto y un suéter gris sobre una blusa azul. El día estaba nublado y parecía estar vestida de una forma que se asemejaba al cielo; los ojos entre los rizos de su cabello podían llegar a ser más brillantes que el sol entre las nubes; pétalos de amapola tenían sus labios y una brisa húmeda su aliento. Tocaba a tu puerta, la dejabas pasar, como viento de tormenta entraba, azotando puertas y ventanas; con ternura pasaba sus dedos entre tus cabellos y los despeinaba, pero rápidamente te abandonaba, mojado y aturdido por el relámpago de su huida. Si intentas detenerla se escapa entre tus dedos, como si fuera agua.

Mujer vampiro

Tus pestañas tocan las mías, la luz de tus ojos me ciega. Nariz con nariz, mi corazón toca las puertas de tu pecho. Se rozan nuestras bocas con murmullo de beso, derramando tu dulce aliento sobre mi boca, petrificado por la profundidad de esos ojos y el peso

de tu cuerpo. Tu pelo me baña la frente con seda oscura y perfumada. Trato de besar tu mejilla, pero como vampiro muerdes la mía, luego la besas, dejándome en éxtasis, perdido de la realidad. Suavemente te arrullas en mis brazos, siento el dolor que cura tu boca. Clavas tus dientes en mi cuello, bebes la sangre caliente y agitada por tu presencia, sanando la herida con un beso. Ruego que pases a mi boca... Tú, simplemente, te desvaneces.

Galletas de nuez

—Mi más sentido pésame.

Hipócritas palabras, ofensivas más que consoladoras.

La gente suele decirlas sin pensar, sin saber que pueden resultar molestas, incluso hirientes; pero a la persona que se encontraba sentada junto al féretro no parecía importarle. Volvió la vista y con sonrisa despreocupada dijo:

—Gracias.

Su actitud era extraña, ajena al ambiente y lugar donde se encontraban. Tenía una mirada y un aire despreocupados, jugueteaba con los dedos y observaba a todas partes.

—¿Crees que la cafetería todavía tenga galletas con nuez?

—preguntó de repente.

—Eh... me parece que sí —contesté extrañado por la pregunta.

—Bueno. ¿Te quedas con él? No le gustaba estar solo.

Sin esperar una respuesta afirmativa se paró y salió de la habitación.

Su manera de caminar era despreocupada, como si paseara por el parque.

El muerto tenía gran parecido con aquel tipo. “Deben ser hermanos”, pensé, sólo que el difunto emanaba tristeza, su cara era la viva imagen del dolor.

Pasó un tiempo hasta que el tipo raro regresó. En la mano derecha llevaba un café y en la izquierda un plato con galletas.

—¿Quieres? —me preguntó. Masticaba una galleta que escupió en mi cara y por todos lados.

—No, gracias —dije mientras me quitaba galleta de la cara. Tomó asiento y dejó el café encima del ataúd.

—¡Cuidado con el ca...!

—No te preocupes, él no tomaba café —interrumpió.

—¡No, se va a caer! —grité.

—¡Ah, sí! —contestó sin darle importancia.

Tomó el café, lo colocó en una mesita a su lado y siguió comiendo. Después de un rato de silencio me animé a preguntar:

—¿De qué murió?

—Pues... lo suyo fue triste, se esmeró tanto en algo que lo dio todo, y lo poco que le sobró también lo dio.

—No entiendo.

—Es sencillo: se esmera tanto en alguien que le da todo, sólo piensa en ella, sueña con ella, su vida la dedica a ella. Ella, ella, ella, nunca él; dejó de ser él.

—Perdón, sigo sin entender. ¿Cómo dejó de ser él? ¿Se puede?

—Sí, uno tiene que ser íntegro. Dejó todo de lado, incluso a él. No quería estar bien, quería que ella lo estuviera. Por ella vivía, todo era para ella; lógicamente dejó de ser él.

—¿Y quién era él? —pregunté aún más confundido.

—Pues él era ella —me dijo como si se tratara de algo muy común—. Se perdió a sí mismo.

—¡Qué raro! ¿Y luego qué pasó?

—¡Oh!, eso fue lo triste: cuando ella se alejó se quedó sin nada, ya no era ni él ni ella. Él era “nada”, cayó en la más profunda soledad, vivía en el silencio.

—¿Y luego? —pregunté.

—¡Ah!, pues lo maté —contestó sin preocupación alguna.

—¡Cómo que lo mataste! —le grité indignado por su despreocupación.

—¡Shh!, no grites, ¿no ves que es mi funeral? —me reprendió.

—¿Cómo? ¿Tú eres él? —pregunté atónito.

—No te asustes —me tranquilizó—. Sí, yo soy él, tuve que matarlo, no me dio otra opción.

—¿No te da tristeza?

—La verdad, no. Cuando lo maté ya no quedaba nada, lo dio todo, su felicidad y otras emociones. Me dejó desnudo, vacío, sólo me dejó una soledad que se traga todo.

Gloria Jackelín Cantero Mariscal

8:14

Ni siquiera pienses tocar.
En esa puerta nadie responderá.
Si regresas más tarde
sólo quedarás
devastado, calcinado.
Lo único que verás será
la llave de la soledad.

9:15

Agoto mis fuerzas
y me pregunto cómo
después de vencerme
no te vuelves loco
como yo.

Ya no hablemos de alejarnos
se acerca la hora
en que habremos de encontrarnos
de nuevo.

Desafortunadamente
cada día
parece como si fuera
de nuevo
la primera vez.

Te contiene
frente a la puerta
al salir de la recámara
sueñas mi mano y
somos de nuevo
un par de adolescentes
desconocidos.

Transcurso

La espío toda la noche. Se sentó cerca de la barra de vinos, a un costado de las mesas de billar, lejos del nauseabundo olor despedido por los baños, que penetraba toda la zona de fumadores. La vieja rockola inservible, algunos todavía intentaban hacerla encender, la golpeaban y azotaban; otros, inteligentemente, intentaban girar el cerrojo para tomar las monedas.

Mirando de un lado a otro, confundido, invadido de sueño pero con los ojos más abiertos que nunca, los observó aquellas horas que ellos pasaron sentados. En ocasiones él tapaba sus ojos con un gesto de tristeza, ella lo animaba, también arqueaba las cejas, imposible saber por qué, hasta que ella lo tomó de la mano, lo miró con ojos emperlados, brillantes, que acallarían cualquier grito, que cesarían cualquier llanto. Detuvo el movimiento.

No rompió a llorar, pero él, cabizbajo, insistía, intentando darle por su lado, tal vez peleaban por algo, o recordaban momentos agrios, o simplemente se trataba de una charla fría. Pero mi chica... por qué ella...

Aquella tarde debía verla. Seguía mi rutina, que se rompe a las 7:00 p. m., cuando la saludo y ella responde el beso. A partir de entonces, cada momento es único. Mientras, me distraigo en el recorrido del autobús, el sol bajando cada vez más sobre

los edificios, bañándolos de rojo, con brisa salmón, después azul violeta, hasta que cae la noche.

La llamé y, puesto que no había inconvenientes, acordamos vernos en el lugar de siempre. Yo iba saliendo del departamento, cerré la puerta, las llaves cayeron a mi bolsa delantera y me dirigí hasta el corredor y salí a la calle. Avanzaba feliz cuando mi celular terminó con la tranquilidad. Lo saqué de un golpe y con otro me recargué en una vieja barda: “No podemos vernos, tengo que salir de emergencia.”

Así que cambié la ruta, tenía bastante tiempo y aún podría llegar a la terminal que cruza a diario cuando sale de la escuela. Entonces la seguí, sin violar ninguna regla, tan sólo quería indagar el porqué de su ausencia y aquel alejamiento, no pretendía molestarla. Permanecería sigilosamente cerca de ella para observar su camino, después me retiraría.

Pero la angustia carcomió mi confianza, un mar de preguntas en mi cabeza ahogándome... hubiera echado a correr, gritarle, preguntarle por qué tanto misterio, normalmente siempre se aseguraba de decirme dónde se encontraba.

Dio vuelta en una esquina. Antes de entrar volteó a un lado, después al otro, y finalmente se metió al bar.

Pasó el tiempo, ¿cuántas horas? Había olvidado ya cuántas veces la mesera pelirroja con botas negras y plateadas me preguntaba si se me ofrecía algo más. Levanté la cara y pedí una cerveza cuando vi que Dalia se retiraba. Hacía un movimiento suave al levantarse de aquella silla para recoger el abrigo antes que el idiota lo tomara. Salió sin voltear, él la siguió hasta que ella abordó un taxi y yo quedara perplejo en la entrada con aquella tormenta que empeoraba mi camino de regreso.

Liz Carbajal

Para tu alma embriagante

No importa que no estés aquí
aún siento tu alma embriagante
por todos lados

cuidándome
protegiéndome
amándome

Laberinto de soledad

Tu libertad
habita
en una jaula

Cuida que tu corazón
no cambie la cárcel
en dolor y se vuelva
laberinto de soledad.

Jazmín

Jazmín:
un paisaje
donde escucho

tu aroma,
y tu frescura
me observa

Fortaleza del alma

Inicio de cero
olvido el pasado
veo un porvenir
sola

Desintoxicada
construyo mi futuro

Huella imborrable

Ojos inocentes,
pureza de alma,
recuerdo que invade
tu memoria estremecida

Al anochecer

Insomnio
 corroe mi sueño
 mi pecho
arrulla mi muerte

Ardiente confesión

Oí tus ojos
al caer la noche

Hundí el alma
mientras tu rostro
se asomaba en mis sueños

Fantasia antes de dormir

Convertiré tu cuerpo en cama
tus hombros serán mi almohada
tus brazos
 la cobija
tus ojos
una luz encendida
tu voz
la canción de cuna perfecta

Erótica fantasía

A medianoche
entraremos a rincones desconocidos
para explorarlos juntos
mientras armas y desarmas
mi sedienta anatomía

Paisaje natural

Te observo
ansío leerte
detalle a detalle

Hallo una historia
difícil de descifrar:
formas un manantial de enigmas
en cada parte que te conforma

Memorias de una drogadicta

Hola, soy Lucía. Tengo 19 años y soy alcohólica, además de adicta a la cocaína. Terminé sólo la secundaria, porque odiaba la mediocridad de profesores idiotas que no saben ni madres de cómo educar jóvenes. Sin embargo, me quedé a esta edad estancada en los brazos de las drogas bajo la luz de la luna esperando el amanecer para ir después por una línea o un trago de alcohol que pedía a gritos mi cuerpo. Inicé con esta vida deprimente a los 14, pero cada vez me hundía más y más. Fue como descender por una escalera de la que ya conocía el final. No podía detenerme ni mirar atrás, y seguía sin miedo de tropezar. Ahora sólo deseo morir para terminar este dolor en mi alma. No puedo más, cada día caigo más bajo, robo, asalto, grito, mato, caigo en profunda depresión de la cual no logro salir.

Cuando estoy en mi cuarto siento presencias que no existen, que sólo están en mi mente, agobiándome sin poder salir. Le he sacado dinero a mi madre con engaños; aunque ella confía en mí y me da el efectivo, pensando poder ganarse mi cariño, sólo alienta mis vicios; ya no puedo más, sólo anhelo no volver a ver jamás esta terrible vida en la que estoy hundida ... Realmente yo

ya no existo, sólo soy un alma en pena... Será que estoy muerta en el infierno o... soy... ¿qué soy?... Pues recuerdo hacerme esas mismas preguntas a diario en mi cabeza pero no logro responder, no sé por qué en mi mente no sale la imagen de un funeral donde veo a toda mi familia llorando por alguien a quien yo conozco. En realidad era ... yo... Será por eso que nadie se me acerca ni me habla o escucha desde que tenía 17 años, desde ese instante en el cual desobedecí a mis padres al irme con mi abuelo al otro lado... creí que era un viaje y regresaríamos pero él no regresó y yo sólo... ¿no regresé?

Jorge Chávez Pérez

Día y noche

Eres la única mujer
capaz de destrozarme
con la suavidad
de impetuosa tormenta.

La única
que dibuja el arco iris
más oscuro
en mi horizonte.

Sentimientos opuestos
que transforman mi vida
en día y noche.

Esmeralda Elizabeth Díaz Barba

Acompañante

Esposa del silencio
amiga invisible
hija del tiempo:
tus caricias no me tocan
tu presencia mata.

Eres el miedo mismo
nutres el dolor.

Compañera incondicional:
nunca te vayas.

Un escrito

Me ahogo en la sangre
hirviente de mi ser

la locura tomó el mando
del ejército de mi cabeza

mi interior ha sido encadenado
por el pesimismo de lo exterior

la vida es tan miserable
e incoherente

soy un cobarde más
que da pasos quejumbrosos

no llores, criatura
no dejes de jugar, maestro

los hombres somos aprendices
dentro de una burbuja

no te rindas
eres más valiente
que un payaso armado

vales más
que un papel con números

no permitas que mi escrito
se olvide
como la inocencia
perdida por el tiempo

Mundo en venta

Bienvenido, amigo mío,
observa bien este lugar
todos te quieren,
ven, acércate más
escucha esos susurros:
hablan de ti.

Planean esa guerra,
esa injusticia, esa estafa,
sólo para tenerte.

Las lágrimas son humilladas
la sangre es derramada
los valores sepultados.

Compañero de papel
el mundo es tuyo
es vendido y tú lo negocias.

Vida

Cuando muera
será en el ataúd
de lo irreprochable.

Nosotros

Espero otra vez,
un intento más;
sé que soy invisible,
mas mírame sólo un poco,
detente:

—Hola.

—¿Quién eres tú?

—Sé cómo te sientes en esa soledad.

—Te equivocas.

—A mí no me engañas con esa sonrisa falsa: puedes llorar.

—Yo no lloro.

—Estoy contigo, quita esas cadenas.

*Una lágrima se ha liberado, la segunda ya la alcanzó,
no ha detenido la tercera...*

—No hagas eso.

—Déjame en paz, no te conozco.

—Lo sé, lo demuestras cada vez que maldices por no tener ese físico perfecto.

—No te quejes, tú tampoco me conoces.

—Error: yo te conozco mejor que tú a mí. Sabía lo que sentías cuando mamá y papá peleaban, cuando dejaste la niñez siempre estuve ahí.

—Si estabas, ¿por qué no ayudaste?

—Lo intentaba, pero el humo de tu cigarro y esas voces me apartaban.

—Te hubieras esforzado más.

—No sólo dependía de mí.

—Entonces, ¿es mi culpa?

—Sí, pero se puede cambiar.

—Estoy delirando, por Dios.

—Es por el miedo, ¿verdad? Suelta ya esas cadenas.

—¿Cómo se supone que lo haga?

—Aprende a amarnos.

—Estoy delirando, por Dios.

—¿Qué es mejor? ¿Llevar la máscara de algo o ser alguien?

*Cierra los ojos, pues ahora sabes que estoy ahí,
ya no soy un fantasma.*

*Un ruido, no responde.
El mismo ruido sale del baño.
Otra vez ese ruido. ¿Quién es?*

*Desde afuera: soy yo.
Desde sus labios: soy yo.*

Súplica

Camino por un mundo
hundido por las lágrimas de los dioses,
condenado por los pecados de los ángeles
y la ignorancia de los hombres.

Por esta tierra se pasean las almas
buscando una luz que no se compre,
sin sangre alrededor, donde no haya tumbas
con la palabra esperanza.

Mi sentir

Al despertar no recuerdo mis sueños.
¿Acaso he dejado de soñar?

Si veo mi reflejo no me alegra
ni me entristece lo que veo.

Aprecio lo que tengo y no envidio lo ajeno,
a veces no sé si soy feliz o miserable.

Luis Eduardo Galindo Miranda

Íntimo explorador

Encendidos bajo el mismo lecho,
somos como brasas incandescentes
que vigilan el curso de tus lumbres.

Me animo y aventuro mis dedos por su cuerpo,
voy encontrando llanuras y laderas,
asomo de pezones y un par de grandes lomas redondas,
que en un precipicio se separan, formando una cañada.

Poco a poco en el fondo encuentro
un inasible vello, casi sueño,
al parecer ando cerca de las puertas del cielo,
sigo merodeando y después de subidas y bajadas,
doy con algo...

Hallazgo afortunado que al fin me queda
como anillo al dedo.

Madre del ritmo

Un sonido invade mi mente
¡bam! retumba en mi pecho.
Mi brazo sube, baja, y... ¡bam!
Lleno de adrenalina

golpe tras golpe. Tarola, contratiempo,
mis pies juegan con ritmos de bombos.

La cocaína sonora se apodera de mi mente,
jadeo, estoy a punto de rendirme,
pero como una descarga vuelve,
redoble y redoble,
los golpes se suben como el vodka.

Como estar de nuevo en su vientre,
sentir y escuchar sus latidos
al ritmo de los míos, al ritmo de la batería.

Jaime Abraham Guerrero Salas

Miedo

Despierto en una cama llena de pensamientos y sueños vacíos
una mañana fría de diciembre,
trato de calentar mi cuerpo de aquel intenso frío
que la indiferencia dejó a su paso.
Temo darme cuenta que me dejaron a mi suerte,
encerrado bajo llave, dentro de estas cuatro paredes.
No intento salir, es más peligroso allá afuera.
¿Y si olvido el camino de regreso? Tal vez me pierdo.
Permanezco en la cama rodeado de tantos tormentos vacíos.
De repente caigo en un sueño profundo
inmóvil por la hipotermia.
Tal vez mañana no vea de nuevo el amanecer.

Payaso

Sonrisa fingida
llena de dolor:
hasta que muera
no dejaré de reír.

Amor en tiempos de graduación

“Es increíble lo impredecible que llega a ser el corazón, en ocasiones”, pensé después de despedirme de aquella chica que me gusta, a quien conocí de hace poco tiempo y apenas le he dirigido algunas palabras. Aún no entiendo por qué me atrae, tal vez sea la dulzura de su voz al hablar; ese tono agudo y algo aniñado me cautiva y hace que caiga hipnotizado y desee oír más; tal vez sea su mirada, esa forma tan tierna y encantadora que esconde secretos de los cuales anhelaría ser confidente; sí, tal vez es su mirada, o tal vez sea su actitud hacia las personas, tan frágil, delicada y sensible, que me hace querer ser aquel que la proteja de todos los que quieran dañarla, pero a la vez es fuerte, decidida y valiente, eso me hace caer rendido a sus pies. Bueno, en sí, todo de ella me atrae.

Hace mucho que no me pasa esto con una chica, ella es la primera que me inspira a fantasear, aunque no sé mucho sobre ella, ni siquiera su nombre, sólo he escuchado cómo la llaman. Temo el día en que tenga que nombrarla, pues si la llamara de la manera como he oído que se dirigen a ella, ¡y que no fuera esa la forma correcta! Seis meses de conocerla y ni una vez me acerqué a preguntar su nombre, aunque creo que el día en que se presentó ante la clase lo mencionó... ¡Ah, qué bruto soy! ¿Por qué no presté atención ese día?

Creo que es verdad lo que dicen sobre no poner atención a una persona cuando te gusta, te concentras tanto en ella que no oyes nada. Pienso que preguntar su nombre a estas alturas sería grosero. ¡Ya sé, le preguntaré a mi mejor amiga! Espero que no sospeche nada, estoy seguro de que mi amiga no le revelaría lo que siento, pero no quiero arriesgarme de ningún modo, así que aparentaré haber olvidado su nombre y ella me lo dirá.

Me gustaría invitarla a salir, pero quizá tenga novio. Para mí eso sería una gran desilusión, debería preguntarle, pero el he-

cho de que no hablo mucho con ella es un problema; además, ¿a dónde podría invitarla a salir? ¡Por supuesto al cine! Aunque creo que no podríamos charlar estando ahí; invitarla a comer es otra buena idea, sólo que no conozco su comida preferida. ¿Y si es alérgica a algo que contenga el platillo que escoja? No, invitarla a comer no, no quiero matarla. ¡Maldita sea, no se me ocurre nada bueno! Sólo espero que acepte mi invitación.

Hace poco me tomó del brazo, no recuerdo por qué lo hizo, pero me agradó demasiado, me quedé callado, no sabía qué decir, una compañera nos miró, nos quedamos así por pocos minutos, me sentí como un caballero con su dama a lado; de repente me sentí incómodo, ella recibió una llamada y decidí educadamente y con una excusa algo mal planteada retirar mi brazo, aún no me explico por qué la incomodidad, quizá fue la mirada de aquella compañera, no he podido olvidarlo hasta hoy, pero imagino que ella lo ha olvidado ya.

Al final no creo poder llegar a conocerla tan bien como me hubiera gustado, y es que cómo lo voy a hacer si estoy ya en el último semestre de preparatoria y tal vez al entrar a la universidad mis horarios me absorban demasiado. Mi único consuelo es que ella seguirá en la escuela, aún le faltan algunos semestres para terminar; tal vez vaya a la preparatoria a verla con la excusa de ir a visitar a algunos amigos, si mis clases me lo permiten. Pero claro, sólo a mí se me ocurre enamorarme en tiempos de graduación.

El último aliento

Están en guerra, sí, la tercera guerra mundial. ¡Quién lo diría! Ya se había predicho pero nadie imaginó que se volviera realidad, la más larga guerra de todas, y todos pelean por un mismo fin, apoderarse de las únicas hectáreas de bosque que quedan sobre la tierra, de aquellos últimos árboles sin los cuales los seres vivos

no podrían respirar ese aire tan necesario, además de hacer uso de la madera que brindan, pero esta guerra no me ha impedido seguir con vida, las personas deberían entender la gravedad de lo que ha sido su poco interés hacia algo tan importante como el medio ambiente, y que las nuevas generaciones, a su vez, desarrollen más conciencia y sensibilidad.

¡Si tan sólo hubieran cuidado el medio ambiente! Pero ya es tarde, lamentarse no nos traerá paz, aquella paz mundial que tanto se deseaba quedó en el olvido, me pregunto para qué quieren las demás naciones este bosque. Tal vez termine como los demás, convertido en leña o en mondadientes, peor aún, en papel higiénico, tan sólo deseo que esta lucha sin sentido termine pronto, pero es increíble pensarlo, hasta hilarante, parece que el hombre ha perdido el sentido común y ha caído en la locura, el egoísmo lo dejó sediento de sangre, sólo para obtener lo más valioso en este mundo: antes lo era el oro, la plata, los diamantes, y ahora lo es la madera. Qué ironía, ¿no? O eso es lo que recuerdo de lo que el mundo era antes de que comenzara el fin de éste. Recuerdo de mi juventud a los niños refugiándose del calor o de la lluvia debajo de mis vecinos o de mí; también recuerdo cómo se divertían cuando se subían y se paseaban por nuestras ramas o las veces que ataban una cuerda para columpiarse hacia el pequeño lago y darse un chapuzón en días de intenso calor; aún recuerdo sus rostros y sus risas de alegría. Desgraciadamente todo eso quedó atrás, ya los pequeños no vienen más, tan sólo una vez un grupo de hombres vestidos de una manera muy extraña vinieron a inspeccionarnos y después partieron con rostro de satisfacción. Un ave desde el aire me contó que habían hecho lo mismo en otros sitios con, tal vez, el mismo número de árboles, pero que no sabía muy bien por qué. Me platicó también que en su viaje de regreso al norte ya no estaban los nidos de su parvada y tuvieron que volar de nuevo al sur para buscar un nuevo lugar donde vivir, entonces me habló de todo lo que vio en su viaje,

cómo un gran número de hombres luchaban entre sí a cualquier lugar al que fueran; cada vez que encontraba un bosque o selva los árboles se encontraban secos y los ríos o lagos cerca de ellos también lo estaban. Hubo algo en su relato que me dejó perplejo: me contó que antes de llegar aquí se percató de que una gran barrera de hombres rodeaba el área donde estábamos y que otro grupo se acercaba a dicha barrera, entonces fue cuando me di cuenta de todo... Están en guerra, sí, la tercera guerra mundial, y todos aquellos hombres pelean por cuidarnos a nosotros, las últimas 20 hectáreas de árboles sobre la tierra y todos esos hombres luchan por protegernos, están dispuestos a luchar hasta su último aliento.

Manuel Alejandro López Sandoval

Día de doña Luz

5:00 de la mañana

Doña Luz despierta, como todos los días, programada por más de 70 años. Se pone sus desgastadas sandalias y de puntitas, tambaleándose, va a despertar a Conchita, la única de sus hijas que vive con ella. La despierta con la frase de rutina:

—Hija, levántate, vámonos al mercado. No hagas ruido, no quiero que tu papá se despierte.

Don Emiliano es el esposo de doña Luz. Han estado casados por más de 50 años.

Doña Luz, ya en la calle Chapultepec, va caminando a paso lento para no agitar a Conchita, quien padece síndrome de Down.

La calle por la que caminan es empedrada. Luego de dos cuadras llegan a la de Juárez, la única adoquinada. Después siguen otras seis cuadras hasta el mercado del pueblo, donde compran el desayuno. Conchita, don Emiliano y ella viven al día.

Nacho, un nieto de doña Luz que había quedado huérfano desde los 5 años y vivía en el mismo pueblo, despierta con la alarma de campana. Animándose a sí mismo —“a chingarle, que si no, mañana no hay pa’ comer”— se levanta y se va a trabajar al campo, contento porque es día de raya.

Marcelo, un vecino de doña Luz, entusiasmado escucha las noticias de la gran ciudad. Tiene 19 años y un certificado de secundaria; en el pueblo es a todo lo que puede aspirar. “No hay de otra que irme a la gran ciudad”, se decía a sí mismo todos los

días. Su mayor deseo es reunirse con Luisa, otra de las hijas de doña Luz.

7:00 de la mañana

Luisa sueña. Se ve en un espejo, se introduce en él y camina. Alrededor todo es blanco; al final se encuentra, sentado en una banca amplia, a un hombre como el que había deseado toda su vida: alto, moreno, atlético, con facciones afiladas, ojos verdes y barba de candado. Viste un traje formal negro, camisa blanca, corbata y pañuelo verdes. Ella usa un vestido negro de una pieza, hasta la rodilla, con un listón verde en su cintura.

Él extiende su mano y, al contacto, van caminando sobre el mar. Llegan a una pequeña isla donde apenas caben los dos. Él la toma de la cintura y bailan un vals. Al final de la canción, se acerca a su oído y murmura: “No tienes idea de lo que va a pasar hoy.” Se miran fijamente a los ojos. Él con señas la invita a sentarse a su lado, en la arena. Cuando se sienta, él se para y se desvanece; ella se queda sentada viendo el cielo y escuchando el viento, ecos de voces, y el timbre de su teléfono. El sueño termina. Contesta y reconoce la voz de su madre:

—Hija, ¿cómo estás? ¿Qué tal el trabajo? ¿Cómo te ha ido? ¿Ya encontraste a un buen hombre? —Luisa, soltera, de 42 años, lleva poco más de tres años sin tener sexo. Responde molesta:

—Mamá, estoy bien. El trabajo, pues ya sabes, no me suben de puesto a pesar de que ya concluí mi maestría. Creo que con eso respondo tus preguntas.

—¿Y del hombre? ¿No has hablado con el director del hospital? Hija, eres enfermera y tienes esa otra cosa. ¿Por qué no hablas con el director?

—Mamá, de los hombres ni me preguntes. El director es un cabrón que nomás nos quiere coger a todas las enfermeras, y aunque lo haga no nos sube de puesto...

—Pero cómo vas con tus problemas...

—Mamá, ¿cuáles problemas? Yo ya tengo mi vida resuelta, ¿y sabes qué? Ya es tarde y tengo que irme a trabajar... Adiós, me saludas a Conchita y a mi papá.

Luz cuelga el teléfono; se le anegan los ojos, pero da un suspiro y todo pasa.

—Vámonos a la casa, hija, tu padre ya debe estar despierto —le dice a Conchita.

7:30 de la mañana

Luisa ya no puede dormir. Se levanta y se dirige al tocador. Se ve al espejo. “Dos, sólo dos pastillas de diazepam para iniciar el día.” Se las pasa con un largo trago de vodka. Se pone su uniforme blanco y se va a cumplir su jornada de diez horas.

Doña Luz va caminando de prisa sin preguntarle a Conchita cómo se siente. Tres cuadras antes de llegar a Chapultepec se encontró a Marcelo.

—Doña Luz, buenos días. ¿Le ayudo con su mandado?

—Marcelo, qué bueno que te encuentro. Fíjate que la esposa de Nacho me pidió que le llevara el desayuno... —pero Marcelo se dirige a Conchita y dándole un abrazo le pregunta cómo está; ella apenas puede respirar y se sienta en la banqueta.

—Mira Marcelo —dice doña Luz— esta niña ya no puede caminar... toma nota del encargo que te voy a hacer: en esta bolsa roja van los tamales de don Emiliano, lléveselos a la casa y sírvelos para que desayune. Pero córrele que debe estar furioso.

—Claro que sí, doña Luz, deme la bolsa ésa y las demás.

—Muchas gracias, pero ya vete.

—Oiga, antes una pregunta: ¿cómo está Luisa? Y otra cosa: deme su bendición, que al rato me voy al otro lado del río a hacer otros mandados.

—Luisa está bien, ya casi la suben de puesto y ya no es adicta a las pastillas ni al alcohol, desde aquella última vez que estuvo en esa clínica... pero en fin, ven —doña Luz pone su pul-

gar en la frente de Marcelo y murmura una oración; luego en voz alta dice—: que Dios y la virgen María te acompañen. Ahora córrale, que don Emiliano debe estar furioso.

Más tranquila, doña Luz se toma el tiempo para sentarse con Conchita más de una hora, hasta que recupera su respiración y sus uñas y labios dejan ese color morado.

9:00 de la mañana

Don Emiliano, furioso, sale y se acuesta en una hamaca colgada de dos grandes árboles que crecen afuera de su casa. A lo lejos divisa a Conchita y a doña Luz. Al cabo de 20 minutos están ante él. Doña Luz le pregunta si desayunó; don Emiliano no responde. Ella insiste: “¿Qué te dijo Marcelo?” No hay respuesta. Agitada, doña Luz entra a la casa y se come la mitad de un tamal; el resto se lo da a Conchita. Apenas termina el último bocado se dirige al catre a tomar una siesta.

11:00 de la mañana

Marcelo ha concluido todos los mandados. Ya fue al otro lado del río, alimentó al ganado del señor Romo y al fin puede visitar a su queridísima doña Luz.

Doña Luz va despertando, el sol le da en la cara y apenas logra abrir los ojos. Da un suspiro y se sienta. Ve que Marcelo entra, para cumplir su ritual de todos los días.

Nacho, contento, fue el primero en formarse en la línea de raya. Recibió su pago, 150 pesos semanales, y se fue a su casa, ubicada contra esquina de la de doña Luz.

Luisa toma notas: qué les ha aplicado a los pacientes, cuánto y a qué hora. Escucha el noticiero: “Ayer, 70 ejecutados al más puro estilo narco...” Deja de poner atención porque por el pasillo viene Zúñiga, el director de la clínica. Aunque tiene la mirada sobre las hojas, se da cuenta de que el médico no quita los ojos de sus nalgas.

—Buenos días, Luisa —saluda el médico con voz seductora.

—Buenos días, Zúñiga. ¿Qué se le ofrece?

—Pues de ti muchas cosas, mi querida Luisa...

—Yo estoy trabajando, y usted ya se puede ir a hacer lo mismo.

—¿Qué te pasa? Si eso estoy haciendo...

—Está bien; si me disculpa, estoy ocupada.

Zúñiga se va, pero voltea constantemente, buscándole la mirada. Luisa entra a la farmacia, da un vistazo y al verificar que no hay nadie, toma una pastilla de ionamin para seguir soportando el día, pero sobre todo a Zúñiga. Sale y con un sorbo de café se traga la amarga pastilla.

Mediodía

Don Emiliano sigue en la hamaca, molesto.

Nacho llega contento a su casa: “Vieja, ya hay pa’ la papa de mañana y como de otros 2 días”.

Marcelo y doña Luz platican, mientras Conchita duerme.

—Oiga, doña Luz, creo que mis vecinos no andan bien. Fíjese que hay días que llegan en camionetas negras, grandes, y con los vidrios también negros, y las meten a ese lote donde, como usted sabe, las bardas son las más altas de este pueblo. Yo me hago como el que no ve y mejor me encierro en mi casa.

—Sí, mijo, es lo mejor que puedes hacer, no vaya a ser que algún día se vaya a armar la revuelta y hasta tú le bailes... Cuídate mucho.

—Sí, mi doña Luz, usted sabe que yo no ando en malos pasos. Es más, mire, creo que ya llegó Nacho a su casa; deje voy a ver cómo está él, su esposa y sus hijos.

—Sí, está bien, Marcelito... Mientras deja pongo a cocer estas verduras para que ya se pase mi esposo a comer.

—Ándele, doña Luz, nos vemos en un rato más.

Luisa está harta, los segundos, los minutos, las horas se le hacen cada vez más eternos, lo que quiere es ya llegar a su casa, tomar dos pastillas de carbamazepina y dormir, dormir...

12:35 de la tarde

Los cuernos de chivo comenzaron a gritar en aquel pueblo que sabía a semilla de limón al ser masticada.

Don Emiliano seguía en la hamaca cuando estalló el grito. Marcelo y Nacho intentaron cruzar la calle corriendo para decirle que se metiera a su casa. Quedaron a la mitad, ya que un grito les atravesó la espalda empapando con sangre la calle empedrada.

Al intentar pararse de la hamaca, un grito atravesó la cabeza de don Emiliano. Quedó con un rastro enorme en su frente, recostado sobre la arena de río y las piedras, azotadas por una lluvia de color carmín.

Doña Luz, al escuchar los gritos, le dijo a Conchita:

—¡Córrele al baño! —se dirigieron hasta el último rincón de la casa. Ahí estaban las dos, replicando un rosario. Entre Ave María y Padre Nuestro se escuchaban cada vez más gritos. Doña Luz no dejaba de rezar y llorar al mismo tiempo.

Luego de media hora los gritos se callaron. Sólo quedaron, por todo el pueblo, los rastros de piedras bañadas de color carmín.

1:05 de la tarde

Doña Petra fue a buscar a doña Luz. En el camino se encontró con Nacho, su esposo, con Marcelo y con don Emiliano. Abraza a Conchita, quien llorando pregunta:

—¿Qué pasó? ¿Qué era eso que se escuchaba?

Doña Petra también está inconsolable. Cuando doña Luz sale del baño dice:

—Miren, esos gritos no eran más que señales de Dios, y así nos lo mandó él; Dios siempre sabe por qué hace las cosas. Hoy nos tocaron esos gritos y estas piedras teñidas, pero mañana no

se sabe qué nos vaya a tocar... Conchita y Petra, vayan por su ropa negra que a partir de hoy vestiremos todo un año de luto. ¡Ah! Pero antes, Petra, ve a que doña Chayo te preste el teléfono, le marcas a Luisa y le avisas lo que pasó.

Doña Luz se decía a sí misma: “Dios es sabio, Dios es sabio, él sabe por qué lo hizo.”

Luisa, al enterarse de la noticia, sale del hospital sin pedirle permiso a nadie, con dos cajas de carbamazepina. Al llegar a su casa toma de dos en dos todas las tabletas, engulléndolas con largos tragos de vodka, hasta quedarse dormida.

Fanny Moreno Gutiérrez

La reina roja

Las personas sociables tienen por costumbre celebrar todo con una fiesta, más o menos grande, según la ocasión. Ahora se trata de la inauguración de una casa, que desde su construcción fue la envidia de aquellos que no tenían los recursos para conseguir una.

Abarcando una cuadra entera, la estructura esperaba sin gran ilusión a los que serían sus visitantes, quienes, quizá, en el calor de la fiesta (o del vino) aplastarían sus flores y ensuciarían sus pisos hasta ahora lustrosos, a diferencia de su dueña, quien colocaba velas aromáticas, lámparas y otros artilugios de iluminación, con gran ilusión, para evitar las bombillas que arruinarían la atmósfera de intimidad haciendo evidente el horror escondido en sus habitaciones.

Llegaron en grupos, algunos engalanados con todo el lujo y pompa de que fueron capaces, otros sólo con las mejores galas que sus armarios austeros les permitieron, pero todos para contemplar el fruto del trabajo duro bien remunerado y de un divorcio aún más ventajoso.

Una dama los recibía en la entrada indicándoles dónde estaban las bebidas y la botana, compradas a descuento al restaurante de una vieja amiga. Hasta ahora todo habían sido elogios: “Qué hermosa casa”, “qué amplia”, “qué techos tan altos”, como si fuera ella, y no una partida de albañiles, quien la construyó. El color de los muros fue otro gran éxito, el rojo contrastaba perfectamente con los muebles de un blanco inmaculado.

Sonreía a diestra y siniestra, no tanto por la admiración de sus comensales como por lo fácil de su verdadera empresa, convencida como estaba. “Aunque fuera de día, aunque pudieran olerla, no lo notarían, y yo que me esforcé tanto en ocultarlo”, pensó con fría complacencia.

Miraba a sus convidados con tristeza, con lástima, su ingenuidad le suscitaba compasión, no risa, pero aun así era realmente gracioso. “Cómo decía... ah, ¡pobres ilusos!” Así era su mente mientras rellenaba bandejas y sacaba más botellas a fin de que aquellos que disfrutaran de comer gratis estuvieran bien servidos.

Se apartó de sus invitados con excusas sobre traer más bebida. Su verdadero objetivo era alejarse un momento para así regocijarse a solas del éxito obtenido. En cuanto la puerta se cerró a su espalda comenzó a reír, sin poder contenerse. Sus carcajadas llenaron la cocina pero no salieron de ella, la música estaba demasiado alta y todo era tan perfecto. Era tan fácil mentir, las personas estaban ciegas, así eran felices, no podrían ver la verdad ni aunque les cayera encima, porque no querían hacerlo, a fin de cuentas era obvio.

Al principio tuvo miedo, no sólo de ser descubierta, sino de que el color se tornara café al secarse, pero no, el tono seguía siendo el mismo, igual al de aquella vez cuando había tomado esa rosa, sin saber de las espinas, cortándose en el acto, nada grave, unas cuantas gotas, pero había quedado seducida por el color, tan rojo, tan intenso, el color de la pasión, nada menos, ni siquiera la flor en su mano había sido un rival digno.

Por eso amaba su profesión, como forense podía estar todo el día metida hasta los codos en sangre sin que nadie se lo reprochara, era algo aceptado, algo normal verla bañada en sangre fresca, el color siempre hermoso, tal y como lo recordaba.

Este lugar era su sueño hecho realidad: cada piso, cada moldura era tal y como lo había deseado. Las flores en el jardín

delantero también las había elegido así, tulipanes, amapolas, orquídeas, begonias, buganvillas, todas rojas. El evento sólo era una prueba para asegurarse que nadie notaría nada, que podría vivir tranquila con aquello que amaba. Cuando todos se fueran podría estar a solas con su casa para poder deleitarse con ella.

Cuando regresó a la sala el tiempo pareció ir más lento. Tardó un poco en notarlo porque a su derecha uno de sus amigos ebrios trataba de mantenerse en pie, sin éxito; a su izquierda una pareja se besaba sin pudor y en el centro del salón una pareja resaltaba de los demás. La neurocirujana, una chica guapa que, con sus tacones de aguja, vestido costoso y maquillaje perfecto, no parecía pertenecer al mismo círculo del psiquiatra, cuyo saco podría pasar por elegante de no ser por los zapatos de constructor que según sabía superaban por varias tallas su número.

Él no les prestaba atención a ninguna de las dos, el panorama a su alrededor parecía interesarle. Observaba a los fiesteros danzar por el lugar, sin verdadero interés. Las paredes en cambio lo tenían cautivado. Por eso quedó fuera del duelo de miradas que ellas mantuvieron, una conversación silenciosa que fue interrumpida por uno de los asistentes, que se acercó a su mejor amiga para invitarla a bailar. Aprovechó el momento para darse media vuelta y escapar; atravesó el patio, dejando con la palabra en la boca a los que se encontraban ahí.

Abrió la reja que los separaba de la piscina y tras volver a asegurarla, corrió por la escalera de hierro hasta su habitación, con la esperanza de poder ocultarse de ellos. Se quedaría ahí a esperar a que se marcharan. Su mente no dejaba de reprocharle el haberlos invitado: “Ellos lo saben, ellos lo saben, ellos lo saben”.

Lamentablemente ya estaban dentro cuando llegó. Claro, lo había olvidado, él sabía abrir puertas con un pasador. La muchacha comenzó a gritarle en cuanto entró, poniendo en tela de juicio su cordura, insultándola mientras caminaba por la ha-

bitación con ademanes vigorosos, cada gesto lleno de rabia e impotencia.

Sin embargo, a pesar de su ira no fue de ella de quien huyó, fue de él y de su mirada, porque ellas podían ser unas brujas malditas si se lo proponían, pero él, bueno, era un monstruo diferente. Los tres sabían lo que había hecho, pero él sabría por qué y eso era algo que no deseaba averiguar. La forma en que la vio, con fría y malsana curiosidad, era la misma con la que veía a sus pacientes en el psiquiátrico, un chico fascinado con la locura.

La hacía sentirse encerrada, como un animal de circo, un objeto de estudio sin opinión, una rata de laboratorio. Había querido alejarse de ellos, pero él no se lo había permitido. Y lo odió por eso.

No le dijo nada, sólo se quedó ahí sentado en su cama, observándola, analizándola, con expresión vacía y una postura relajada, nada especial, nada del otro mundo, sólo uno más, un cliente más, otro loco que tratar. Quiso abofetearlo, gritarle que no sabía nada sobre ella, pero sería mentir y llegados a este punto no tenía caso.

Sus reacciones eran como las esperaba. Le gustó la de ella, violenta y furiosa, acorde con su temperamento dominante y explosivo. La de él también iba de acuerdo con su personalidad, pero esa impermeabilidad era buena en su juventud, cuando ambos caminaban lentamente hacia la escuela, aunque fuera tarde y su amiga estuviera varios metros adelante apresurándolos. Le gustaba que fuera tan despreocupado como ella. Pero no ahora, cuando lo hacía parecer distante. Casi podía sentir el abismo entre ellos abrirse, ya no eran amigos, ella era otra demente con una fijación y él el doctor en turno.

No tenía tiempo para hacerse cargo de eso, estaba muy ocupada con su acompañante, ambas daban vueltas por la habitación sumidas en una discusión interminable, ninguna estaba dispuesta a ceder, pues en realidad no estaban debatiendo, nin-

guna presentaba argumentos, sólo gritaban y gritaban para hacerse oír por encima de la música. Abajo la fiesta seguía sin su anfitriona, en ella la gente bailaba siguiendo el ritmo marcado por el DJ mientras en la recámara principal dos amigas peleaban en la oscuridad, sin un verdadero propósito, sólo por el placer de escandalizar, sin saber cómo reaccionar.

Él sólo veía sus sombras en la pared. Ahí en la oscuridad, el rojo que tanto obsesionaba a una no era más que una variante del negro, el único color real. Desde su punto de vista, todos los demás son mentiras creadas por la luz y el ojo humano.

“Así son las personas”, pensó con tristeza. “Creemos ver algo pero no es más que una ilusión para ocultar la oscuridad a la que todos tememos”.

Sus sombras, débiles ondulaciones, no había suficiente luz para definir las, pero allí estaban, un par de figuras deformes y larguiruchas mezclándose muy de vez en cuando, haciéndolas parecer más monstruosas que humanas, tal vez esa era la verdad. Moviéndose a la par en una danza oscura y siniestra tan vieja como la humanidad. Una disputa entre mujeres.

Cuatro días más tarde, Katherina lo llamó para que fuera a ayudarles, su misión era ponerle una capa de barniz y sellador a las paredes, para de esa manera retrasar la próxima capa de pintura. Y evitar que Elizabeth siguiera robando la sangre de los cadáveres para satisfacer su fijación. Eso era lo importante.

El trato era simple: ella conservaba su obra pero debía ir a terapia con él, y aunque no se consideraba capacitado para tratarla personalmente, prefería que nadie más lo supiera. Aunque dudaba que fuera a funcionar. Los seres humanos somos como las matrushkas, cada muñeca oculta otra, todas permanecen escondidas de la vista, en nuestro interior, hasta el momento en que las circunstancias nos obligan a abrirnos. No importa cuántas haya, cuando se llega a la última las otras pierden su significado y ya no puedes verlas de la misma manera.

Ellos

Comprobó nuevamente los cerrojos de las puertas y los muebles apilados frente a ellas: no los detendrían, pero al menos los retrasarían un poco, el suficiente tiempo para poder escapar. Observó la habitación. Esa fue una de las pistas: su madre jamás permitiría semejante desastre. La ropa sucia trepaba por las paredes, como una asquerosa enredadera, las ratas y las cucarachas se disputaban los restos de lo que alguna vez fue una hermosa casa. Apenas podía recordar cómo era antes de que esas cosas llegaran. Hasta hace unos meses había sido tan feliz, la casa solía estar tan iluminada, olía a lavanda y a comida recién hecha. Ahora el olor a putrefacción amenazaba con asfixiarla.

Se acurrucó en una esquina de la sala, aunque se asemejaba más a una trinchera. Al final no tenía caso, entrarían y la encontrarían, probablemente la matarían. Esas cosas que se llevaron a su esposo lucían como humanos, hablaban como humanos y se movían como humanos pero no lo eran, eran monstruos, los había visto transformarse, por eso la encerraron en ese lugar tan horrible. Trataron de quitarle su identidad, sus recuerdos, los cables y la electricidad, pero no pudieron, o al menos eso había pensado, querían su vida y su imagen para llegar a más humanos.

Sin embargo no contaron con ellos, que la ayudaron a escapar y a ocultarse. “No debes confiar en nadie, cualquiera podría no ser real.” Ellos la protegían de todos, le avisaban del peligro. Estaba tan agradecida, en especial cuando supo que quedaban tan pocos humanos. “Se acaba el tiempo.” Se los llevaban por la noche, hospitales y cárceles eran los principales puntos de desaparición. Tenía sentido: no le explicaron de dónde venían, ni por qué, tampoco por qué la ayudaban ni quiénes eran: “No podrías entenderlo.”

Ya no importaba, todo estaba bien, ella y su hijo estaban bien... por ahora. Estaban en la casa de sus padres, sólo que esos

ya no eran sus padres, los cambiaron, por eso ocultó a Memo y fue a la cocina donde los oía hablar en voz baja. Ambos se estaban quedando sordos, así que sus murmullos eran casi gritos. Ni siquiera se detuvo a pensar que los demonios no habrían copiado esos detalles. No había tiempo para reflexionar, ellos lo sabían, eso bastaba. Eso lo aprendió en el departamento de su hermana: no les dio tiempo ni para gritar. Era mejor así, pensar en ello la enloquecería.

Tuvo que hacerlo, no eran humanos, tenía que hacerlo. Sus manos aún estaban llenas de sangre, era tanta, por eso no se quería ir con ella... su bebé, lo pusieron en su contra, pero lo convenció, hasta para un niño de ocho años estaba claro. ¿Por qué otra razón si no los “amigos” de su esposo se lo llevaron? Creyó que su hermana Sofía lo entendía, pero esa no era la verdadera Sofía. “Detenla”, la escuchó cuando los llamaba para que fueran por ella: “Sólo es una, puedes con ella.” Pero ellos estaban ahí, nunca la dejaban sola, la salvaron una vez, ellos sabían todo lo que debía hacer para salvarse. “Aprieta con fuerza.” Por eso los escuchaba y obedecía, eran sus ángeles guardianes, estaban ahí para ayudarla, siempre, siempre desde que era niña. “Más, más fuerte, más, más, más.” Nunca tuvo muchos amigos, pero no importaba porque ellos estaban ahí incluso cuando Sofía no estaba, por eso no conocía la soledad. “Ahora ve por un cuchillo, debes asegurarte.”

Asegurarse igual que con el guardia.

“Los ojos, pícale los ojos.” “Arráncaselos.” “Hazlo, es tu única oportunidad.” “¿No quieres salir?” “Cuando obtengan lo que quieren de ti...” “¿No quieres salir?” “Te matarán, van a matarte.” “¿No quieres salir?” “Te cortarán en pedazos y te comerán.” “¿No quieres salir?” “Arráncale los ojos.” “¿No quieres salir?” “Creo que quieren lastimarte.” “¿No quieres salir?” “Te comerán con ensalada y frijoles.” “¿No quieres salir?”

“Están afuera.”

Levantó la mirada asustada, tal vez se había quedado dormida. Se acercó a una ventana y trató de escuchar: pasos, muchos, venían por ella, querían quitarle a su hijo, llevársela y robarle sus recuerdos, igual que hicieron con su familia, con su bebé, con su otro bebé, tan pequeño e indefenso, no pudo salvarlo. Dijeron que nació muerto, pero mentían, lo había escuchado llorar. ¿Cómo podían decir que estaba muerto?

Vidrios rotos: estaban entrando por las ventanas, corrían por los pasillos, buscándolos, habitación por habitación, jugando a las escondidas, sólo que a la inversa, muchos buscan, una se esconde, más bien dos. Abrazó más a su hijo, no permitiría que se lo llevaran y le hicieran lo que a ella. “Sálvalo.” No dejaría que lo encerraran, lo drogaran y lo torturaran. “Sálvalo, tú sabes cómo.” Era su madre, prefería verlo muerto. “Sálvalo, sálvate.” Le puso la pistola en la sien ignorando las órdenes de quedarse quieta, primero él y luego ella. Tenía que salvarlo. “Hazlo, sálvalo.” Tiró del gatillo y un disparo resonó en el aire, por encima de todas las voces, incluso las de ellos.

Su hijo la miraba cubierto de sangre y con los ojos desorbitados. Entonces parpadeó. Qué curioso, no sabía que los muertos parpadearan, tal vez no era humano, pero sí lo era, lo sabía, igual que sabía que todos esos eran policías de verdad, no copias, y que aquel que la miraba arrepentido era su esposo, el verdadero. Miró la pistola: no le había quitado el seguro. La sangre en el rostro del niño era suya, José acababa de dispararle.

La casa comenzó a borrarse desde los bordes, como si la oscuridad, la verdadera oscuridad, no esa copia que crea la noche, cerrase su enorme boca para tragarse la realidad de la que nunca formó parte. Sonrió con tristeza al comprenderlo todo. Justo detrás de los policías estaba un doctor con chaleco antibalas. Lo conocía, sólo que antes tenía más cabello, aún podía escuchar su voz a lo lejos, a través de los años y de una puerta.

—Siento mucho informarles que su hija padece esquizofrenia paranoide.

Espejos

La noche antes del gran día fue algo oscura. Las sombras formaban monstruos de pesadilla, en su habitación nada era lo que parecía ni tenía sentido. El sonido incesante de la lluvia la mantuvo en vilo; mientras le proporcionaba una falsa sensación de tranquilidad, no podía dormir ni permanecer despierta. Un relámpago iluminó momentáneamente la estancia, el lapso fue demasiado corto como para que volviera a sentirse a salvo pero suficientemente largo para revelar que el monstruo jorobado de grandes garras y cabeza deforme no era otra cosa que su gabardina colgada de un perchero. Aunque no fue precisamente alivio lo que sintió al saber que ningún demonio había venido para llevarla al infierno.

Para cuando amaneció ya llevaba 5 horas en el trabajo. Entre gritos y alaridos el Zapote pasaba las horas laborales, que eran 24 al día los 7 días de la semana, una miscelánea de padecimientos distintos que al final no eran otra cosa que más de lo mismo, sufrimiento, el daño que les hicieron, el dolor que desean infligir, físico, psicológico, pena, miseria, abandono, muerte. Otros nombres, otros síntomas, la misma basura en todas las salas.

Se dirigió a su última consulta, la última y se iba a casa. Mientras caminaba hacia la familia de chinos (¿o eran japoneses?) sonrió para sus adentros, eran inmigrantes, irónicamente México era a China lo que Estados Unidos a Cuba (o cualquier otro país latino); de cualquier manera no le tomaría mucho, sólo llegaría, daría la mala noticia: “Hola, soy la doctora que atiende a su hija, quien por cierto está loca de atar.”

Por supuesto no lo hizo así, tomó su tiempo, no demasiado, sabía que sin importar cuánto les explicara no entenderían, estarían demasiado ocupados tratando de asimilarlo, al principio no podrían creerlo, de hecho era curioso, la familia de Lixue Wang y la familia de Mauricio Suárez, a pesar de las diferencias cultura-

les, reaccionaron de forma similar: “¿Qué? ¿Qué es eso?” “Es imposible, mi hijo (a) no está loco (a)” “¡Usted está equivocada!” “¡Quiero otro doctor!” “No, no, no puede ser...” Las mismas expresiones pero otros rasgos faciales, las mismas palabras en otro acento, pero todo era igual. Confusión, sorpresa, incredulidad, vergüenza, eran los sentimientos más comunes en los familiares, sin importar qué tan unidos (o poco unidos) eran, la mayoría de las familias no soportaba la idea de ese tipo de enfermedad.

El tratamiento en sí es casi tan brutal como inefectivo. ¿Odiás al mundo exterior? Bueno, de cualquier manera no lo verás por un rato. ¿Furia incontrolable? Calmantes que te dejan temporalmente cuadripléjico. ¿Problemas para relacionarte? Violaciones nocturnas de las que todos saben pero nadie hace nada... quizá porque no lo saben, no les importa lo suficiente o simplemente no lo creen. Después de todo, ¿a quién se le cree más? ¿Al celador (padre de familia, empleado modelo) o a la loca que cree que es una profeta de Dios? Antes la indignaba, ahora cuenta con la ineficacia del sistema para resolver crímenes o siquiera intentarlo.

Salió del hospital en el cambio de turno y para cuando llegó a la clínica 110 ya eran las 6 de la tarde. Dos horas después se hallaba a solas con su padre; convencer a su madre y hermana que se fueran fue cuanto menos difícil pero ya estaba, era su única oportunidad. Miró alrededor para asegurarse de que nadie les prestaba atención, el resto de los pacientes terminales estaban muy ocupados en su propia agonía como para notarlo. El piso en sí tenía algo de lúgubre: un montón de cadáveres vivientes esperando a la Parca no es precisamente una fiesta. Ni siquiera las enfermeras tenían algo de vitalidad, sólo ese aspecto de haber visto tanta muerte como para siquiera notarla caminando por los pasillos.

Sacó las cosas y miró unos segundos los frasquitos; lo que estaba haciendo era más difícil de lo que había pensado: matar a

su padre. ¿Cómo pudo siquiera pensar que podría? ¿Cómo podría alguien? Es decir, ¿aún querría morir? Porque ella ya no quería matarlo, nunca quiso; en el pasado, cuando ella era una niña más preocupada por lo que había en la televisión que por otra cosa, él se lo había dicho docenas de veces cuando estaban solos: “Sé cómo voy a terminar, no quiero, si me dieran una pistola cuando todo comience me daría un tiro sin dudarlo.” Pero, ¿y si ya no era así? Muchos suicidas se arrepentían un minuto antes, un segundo, incluso después de tomarse un frasco de pastillas le suplicaban al médico de urgencias que los salvara.

¿Sabría él lo que ella estaba haciendo? Antes parecía tener un sexto sentido para los planes secretos de sus hermanas, cuando decían que iban a hacer un trabajo de la escuela y en realidad salían con algún muchacho; recordaba la cara que ponía cuando se despedían de él, como pensando: “Si te vas a largar al menos no insultes mi inteligencia.” Ella en cambio llegaba a la hora a la que tenía que llegar, no se iba con su novio ni se cubría la culpa con maquillaje al salir porque no mentía más allá de “¿que el de matemáticas no vino? Vámonos al centro, me esperan hasta las ocho.” Nunca planeaba las cosas con mucha anticipación, ni siquiera ese asesinato. Así que, ¿cómo podría salir bien? La idea la había tenido la semana anterior y sin saber siquiera cómo lo haría; había dado el primer paso dándole una bolsa de chocolates a su padre.

Sintió cómo su respiración se volvía irregular, si no la detenía no tardaría en comenzar a hiperventilar. La habitación daba vueltas, una sensación horrenda, como ser metido en una licuadora gigante. Le costó concentrarse. En ese momento su mente era como un espejo roto del que no podía sacar nada claro, sólo un montón de pedazos que no servirían para arreglar la imagen.

Los cristales no se rompen como un rompecabezas, por eso los usaba como metáfora para explicar la esquizofrenia. “La meta del tratamiento no debe ser recomponer la mente, por mu-

cho pegamento o cinta que se use, aunque se logren reunir y recomodar todas las piezas a la perfección, el reflejo siempre se verá distorsionado, la idea es aclararlo lo suficiente como para poder peinarte”. Eso era lo que debía hacer, recuperarse lo suficiente para seguir adelante con lo que tenía que hacer.

“¿Lo hago o no lo hago?” Observó su rostro fijamente buscando algún indicio de “¡no me mates!” pero no había nada, sólo esa expresión atontada de quien ya no es dueño ni de sí mismo. Pero había estado de acuerdo, por eso se comió los dulces aun sabiendo lo que eran. “Cuando estaba bien dijo que no querría esto, que deseaba morir antes de ser un inútil, ése es mi papá, no este saco de papas que no puede ni respirar solo, tal vez el miedo a la muerte lo haya hecho cambiar de opinión, pero cuando la sola idea de morir nos hace perder lo que somos, es precisamente cuando debemos dejar de respirar.” Y con ese pensamiento tomó su decisión.

Llenó la jeringa tratando de no prestar demasiada atención o se volvería loca y terminaría compartiendo habitación con Lixue. Comenzó a tararear, tomó la mano de su padre para girar sus brazos ignorando los recuerdos de las veces que hizo lo mismo al cruzar la calle, la aguja entró con facilidad, al igual que el líquido.

Ocultó toda la evidencia y esperó, no demasiado; la máquina comenzó a chillar a los pocos segundos. El sonido tenía ese ritmo de desesperación como la sirena de una ambulancia, por un segundo se preguntó si habrían elegido esos timbres por la desesperación que mostraban o los sentiríamos así por lo que representaban. Tal vez fuese el mismo principio con el llanto y el dolor, la risa y la alegría, eso es lo que nos obligaron a aprender, esa forma de mostrar nuestros sentimientos. De cualquier manera parecía ser la elección correcta.

Las enfermeras se acercaron corriendo, pero las detuvo con un gesto de la mano y un simple “está bien, ya fue suficien-

te”, luego se levantó y lo besó en la frente como él había hecho cientos de veces cuando era niña. Ni siquiera trató de ocultar las lágrimas negras que corrían por sus mejillas, ni el temblor de sus manos. No era necesario.

Un año después, frente a la tumba de su madre, fue consciente de que los había matado a ambos. “La tristeza es un arma tan letal como un cuerno de chivo (o una jeringa), pero más sutil.” Estaba asustada, todo había salido bien pero, ¿realmente estaba bien? No tenía problemas para dormir, al menos no más de los que tenía antes, no se sentía diferente, no se veía diferente, algunos referían que después de hacer algo malo no podían reconocerse, perdían la noción de sí mismos, pero ella no se sentía así, la persona que veía cada mañana en el espejo era la misma de siempre, no había cambiado y eso más que tranquilizarla, la perturbaba enormemente.

Tomó un taxi hasta la cárcel donde debía evaluar al sospechoso de la muerte de 17 prostitutas para decidir si estaba tan loco como para no tener la culpa de sus crímenes o, en caso contrario, sólo era un hijo de su tal por cual que debía ir a prisión. En realidad lo que la policía quería era que ella les dijera: “Sí, definitivamente, ese sujeto es el asesino, ya no tienen que seguir buscando.” Nunca había conocido a un asesino más que a sí misma. No poseía la suficiente experiencia para esto. ¿Serían sus ojos fríos o como los de cualquier otra persona? ¿Se notaría a simple vista? Probablemente no, las chicas de la vida galante suelen tener buen ojo para eso y no lo notaron.

Entró en la sala tratando de pensar qué decir o qué actitud debía tomar frente a este paciente, cruzó saludos y comentarios con los otros psiquiatras reunidos, todos la miraban como un bicho raro, era la más joven de todos, como por diez años, eso sin contar el saludo efusivo que le dio su exmaestro, el mismo que la convocó a ella y al resto para el caso, estaba tan feliz de verla, seguro ella podía sacarlos de este enredo. Sí, como no.

Los demás la previnieron sobre lo que les había pasado: “No contestes sus preguntas”, “no ignores sus preguntas”, “no te hablará”, “habla demasiado”, “es escalofriante”, “no tiene nada especial”, es decir, un montón de contradicciones que los tenían confundidos. El sujeto había tardado unos minutos en averiguar lo que les resultaba irritante a cada uno y usarlo en su contra, lo cual de por sí decía mucho: “Manipulador, sabe leer expresiones y lenguaje corporal, posible psicópata”, pensó tratando de actuar como un médico calificado y no como una niña viendo *El silencio de los corderos*.

Había demasiados prejuicios contra los psicópatas, tal vez él no era el culpable y la policía sólo lo detuvo porque alguien así siempre encaja en el perfil de lo que está mal. Sin lazos emocionales y despiadados, los psicópatas y sociópatas eran la representación de nuestros miedos, nos aterraban porque eran lo mismo que nosotros sin humanidad ni alma, oscuros, peligrosos y crueles, algo corrompido. Un depredador genera otro depredador.

Cuando por fin entró en la habitación con el sospechoso supo de forma inequívoca e inexplicable que él era el homicida. Lo sintió dentro de ella y supo que él lo sabía: la expresión de sorpresa en el rostro del asesino era un reflejo de la suya.

Tarantella

Muchos creen que es fácil encontrar a alguien con quien pasar el resto de tu vida; y éstos, además, se quejan de su mala suerte en las relaciones con el sexo opuesto, sin saber que es culpa suya, por darlo todo a la primera que se cruza en su camino. Sin considerar la importancia de lo que hacen, si realmente ella vale la pena, como para entregarle el último de tus suspiros.

Eso pasó con la mayoría de sus amigos y casi todos sus hermanos. Cayeron en las redes de una fémina; ellas les envenena-

ron el corazón para devorar sus entrañas hasta dejarlos secos. O, como afirman algunos, formar una familia.

Bueno, él no fue engañado. Hasta ahora.

Aunque no lo consideraría un engaño, siempre pensó que si iba a perder la cabeza por una, quería que fuese la mejor. Y lo era, al menos así lo creía él. Enfundada totalmente en pieles negras, sólo un toque rojo en el abdomen para llamar la atención. Con esas piernas kilométricas cubiertas en terciopelo, curvas amplias, la forma de reloj de arena que caracterizaba a las de su tipo. Toda una *femme fatale*.

Su experiencia en las artes amatorias era notoria, lo que le alegraba, pues eso presagiaba éxito en la misión. Irónicamente había salido en dirección a ese basurero a buscar comida y no compañía, además estaba planeando cambiar su residencia por algo más urbano y quería ver la zona. Que sus caminos se cruzaran fue pura suerte. El que ella estuviera dispuesta a involucrarse con un sujeto de su edad, casi un honor.

Puesto que estaba más cerca y desde luego era más cómodo para la dama, se dirigieron a casa de ella. Durante el trayecto pudo sentir sus pisadas a su espalda. No sabía si debía sonreír por su victoria o avanzar más rápido hasta perderse de vista, así que no ejecutó ninguna de las dos acciones. En cambio disminuyó su velocidad permitiéndole ponerse a su altura. No fue una decisión sino un impulso, incontrolable como la mayoría de ellos, aunque mucho más demoledor que cualquiera que hubiera sentido con anterioridad.

El sitio era bastante acogedor, cálido, seco. De no haber estado tan nervioso hubiera podido admirarlo mejor. Pero la última vez que estuvo tan cerca de una hembra como ésta, bueno... es suficiente con decir que el tiempo pasa más rápido de lo que parece. Recorrió el lugar con pasos cortos, se familiarizó con las medidas, el largo, el ancho, la disposición de los objetos.

Una de las cosas que notó fue la abundancia de comida, adecuadamente empaquetada, todo impecable. Sin embargo, tanta limpieza no estaba exenta de erotismo, había un aroma, casi afrodisiaco, que llenó el aire de esencia en rosa. Venía de ella, un perfume como no hubo ni habrá otro igual. También había una nota de advertencia. De momento decidió pasarla por alto.

Ella no se movió durante ese tiempo, la tradición marcaba que el macho debía dar el primer paso. Ahí, esperándolo en silencio, habría sido una visión divina de no estar tan oscuro. Apenas pudo distinguirla, pero escuchaba su respiración, un escalofrío recorrió su cuerpo, anhelo puro. Las ganas de tocar su piel le arañaron las entrañas, las ganas de estar carne dentro de la carne, en el ritual más antiguo del mundo.

Sus pasos fueron lentos, medidos, para no asustarla, para no ofenderla. Los primeros toques fueron suaves, apenas un roce. Buscó excitarla sólo guiándose con el instinto y recuerdos de viejas glorias. La situación avanzó, tomó forma, aumentando la intensidad, hasta que ambos quedaron en la posición familiar. Los clásicos nunca fallan. ¿No es una grave falta suponer que algo es menos de lo que parece? Por pequeño que sea, el peligro que oculta podría ser enorme. El vaivén comenzó sin incidentes, el único error lo cometió él, subestimando las sensaciones, pasando por alto lo intenso, lo sublime que podía llegar a ser el momento.

Su corazón se aceleraba, cada parte de su esqueleto trabajaba en ello, olvidó el futuro, se concentró en el presente, las hormonas rugían dentro de su cuerpo, apagando sus pensamientos, cada rincón de su mente ocupado por el placer. Al final el orgasmo le llegó como una explosión, se derramó dentro de ella, con la emoción de una misión bien cumplida.

No es bueno que alegrías fugaces nos distraigan de lo que en verdad es importante. El protagonista de esta historia de

amor olvidó ese consejo, no prestó atención cuando más debía y la condena por tal falta es, desde luego, fatal.

La pasión terminó y así, por primera vez en la noche, fue ella quien tomó la iniciativa, lo envolvió en sus brazos, brindándole su calor por unos segundos, los que tardó en destrozarle el pecho con los dientes. Inyectó veneno en su cuerpo muerto, lo envolvió en seda y lo reservó para después. Porque eso es lo que las viudas negras le hacen a los machos, si éstos olvidan que deben escapar.

Jéssica Muñoz Lomelí

Mueble

En fina madera
sostienes sabiduría,
entre estantes llevas
a Paz y Alejandrina,
te ríes con Fonseca
y te enojas con Riding,
suspiras con Julieta
y lloras las despedidas,
me llamas sin hacerlo,
me invitas sin saberlo,
y entre mi poesía
y este bendito silencio,
gracias, gran librero.

Escucha mi ira

Estos labios
inertes
te maldicen:
son manos
ansiosas de asfixia.

Inerte

Mátame, amado veneno,
destrúyeme
te lo estoy permitiendo.

Ahógame en infiernos
que gusto de tu consuelo.

Falso es este cuerpo
vacío, de pie
de ti dependo.

Feliz estuve de encontrarte
ahora mírame:
una basura soy.

En un barco

Viajamos a cualquier lugar,
empujados por la envidia del viento
que nos mira de cerca y lejos.

Inventamos el mar al navegar,
sin rumbo fijo pero con el objetivo
de permanecer unidos bajo la piel.

Callado

A veces los silencios
estrujan más el corazón
que un reclamo sin razón.

Lector

Que los hilos negros
de mi pluma descalza
no te ofendan, alteza.

Frialdad

A veces me pregunto
si vale la pena
esperanzar un jardín
en tierras que nunca
han querido ser fértiles.

Insípido

De pronto es que te odio
tan veloz como un halcón.
De pronto es que siento
el sutil impulso de adorarte.

De pronto no soy yo
el guerrero incansable
ni la oruga blanda, verde.

Y al final estoy perdida
en la espera ilusionada
de depurar tu insipidez.

Desaliento

Forré tu camino de seda
y pediste rubíes.

Confesión

Verde rocío que infringe una mañana oscura
en que mis labios sorben afónicas lágrimas
que la noche trajo de otros labios del silencio.

Adiós

Esta vez tu risa que recuerda lastima,
la voz es látigo y la noche larga.
Esta vez tus ojos matan,
esta vez guardo silencio,
tú te acercas y reclamas.
Esta vez tus manos me alejan,
me convierto en cenizas,
y el ronco de tu voz susurra amor
abrasado a mi urna.

Susurros

En el silencio de la noche
soy tu luz y tu agonía.

Otro tipo de dolor

*El mar en mi rostro
un lápiz tembloroso
y una veleta rota.*

La noche comenzaba y me aferraba a la ausencia de sabor, a ser fatídica, malévola, depresiva ... se rasgaban mis ropas queriendo descubrir más allá de mi sonrisa. Tal vez había algo en el trabajo que me impedía ser feliz, haciéndome volcánicamente distinta para conseguirlo; podía haber algo en el insulto de mi pareja o en el absurdo regaño de mi padre. Pero no: seguía siendo *light*.

Pude haber practicado un ritual satánico en que alentara a seres sobrenaturales para invadirme de maldad, de envidia, de traición, y mi lápiz aún seguiría tembloroso.

Mi frente sudaba y había hojas con versos inacabados destruidas en el suelo de la habitación.

Dejé de escribir y me puse a pensar en algo que me doliera. Había mucho pero no sabía cómo descifrar el misterio de emociones que ni yo misma entendía, pero me desorientaban: comencé a dudar de mi capacidad.

Pareciera un reclamo a mí misma, una sacudida que me dejaba atónita ante la imposibilidad de hacerle frente ...

Seguí dudando hasta quedar dormida.

Un día tuve un sueño

Fue noche lluviosa la que cobijó mi inconsciencia aquel día.

Me sentía vulnerable cuando su rostro confrontó al mío y dijo ya no querer estar conmigo; se iba de la casa, me dejaba sola con cuatro niños, un perro y tres canarios.

Desde que vivía con él yo tenía un empleo, pero ahora tendría que trabajar extra para que me alcanzaran los gastos. Luego de un mes pensé que sola era mejor y que salir adelante por mis hijos sería mi destino durante el resto de mi vida. Una vecina se encargaba de ellos mientras yo trabajaba, pero sus caritas confundidas de 3, 4, 6 y 7 años lo decían todo: no quiero molestarte, mamá, pero aún con tus esfuerzos ese hombre me hace falta, es mi padre.

Desde que se fue jamás había sabido nada de él; salí a buscarlo sin ninguna suerte y ya mis días rutinarios comenzaban a cansarme; también había descuidado a mis pequeños pero tenía que trabajar.

Un día Maru no pudo cuidar a los niños todo el día y le pedí que los dejara en mi apartamento las dos horas que restaban para que yo llegara de mi trabajo. Juan, el mayor, los cuidaría hasta mi regreso. Iba para mi casa cuando desde la acera vi llamadas saliendo de mi casa. Corrí a buscar a mis hijos desesperada y todo era un caos; acababa de llegar ante las televisoras la mala madre que por un descuido casi había matado a sus hijos.

Alguien se aproximó a mí y me sacudió muy fuerte...

—Rocío, mi amor, ya levántate. Vamos a llevar a los niños al parque.

Y un suspiro de tranquilidad salió de mis entrañas: sí, estaba soñando.

Besando sapos

—¡Mamá, mamá, necesito un lápiz! —gritó Diana una mañana.

—Toma el de tu hermana, mañana te compramos uno —respondió Ana, su madre.

Diana fue corriendo a la habitación de su hermana mayor, Allison, y apresurada abrió el bolso escolar, pero un cuaderno la hizo detenerse.

—¿Qué será esto? —dijo, y comenzó a hojearlo. Había poemas, canciones, escritos sin chiste, pero ella quería enterarse. Se detuvo en cierta página y comenzó a leer:

“Temo por el amor (o por sufrir de nuevo), pero espero por él... Aún tengo el recuerdo de aquellas tardes pegada a la ventana de la habitación con la cortina siempre abierta, mis ojos te miraban tan detenidamente sin que tú te dieras ni cuenta, te conocí lejano a tres pasos de mí, con tu silencio eterno indiferente al mío, te miré y me burlé una y otra vez, luego giré y me enamoré, la edad no me dejaba pensar y tú bastante astuto aprovechaste mi debilidad, una niña ilusionada que en dos segundos lograste aniquilar, estabas con ella, el pasado, todo! era para mí, sin que yo te hubiese tenido ni por un instante, mis ojos se llenaban una, otra y otra vez de llanto, pasaban los días y los meses, y aquella chiquilla ilusa seguía dolida por tu adiós.”

—¡Aaaaah! Con que esto escribes, Allison... Seguramente de quien habla aquí es de Alejandro. ¡Ay, tú, siempre tan tonta! —continuó leyendo:

“Cierto! El primer amor jamás se olvida y la terrible desilusión que me causaste sigue presente hoy en mi vida. Juraba una y otra vez que jamás pasaría de nuevo, pero en la soledad no me logré resignar. La escuela secundaria, te conocí y sin entrar estuviste y sin siquiera cosquillear te despedí, amor de despecho, amor que no era amor.”

—¡Oye, qué te pasa! Pero si yo ni siquiera supe de esto. ¿Mamá estará enterada? Ay, qué buen chantaje, hermanita...

De pronto alguien manipuló la cerradura de la puerta, Diana escuchó y asustada escondió el cuaderno bajo la cama. Luego actuó como si aún no encontrara el lápiz.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Allison.

—Vine por un lápiz porque extravié el mío, ¡pero no lo encuentro!

Allison se aproximó a la cama, tomó su bolso y dijo:

—Ten, aquí está, ¡ahora vete!

Diana salió del cuarto y esperó a que su hermana se fuera de casa, porque tenía clase de ballet y tardaría dos o tal vez tres horas, lo necesario para terminar de leer lo que comenzó. Cuando Allison salió, Diana regresó a su habitación y continuó leyendo:

“Una amistad añeja se convirtió en consuelo a mi soledad, sólo grandes momentos acompañan tu recuerdo para mí, un aniversario y dos o tres meses más, inocencia, lágrimas, risas, amor de niños, ternura... tú y yo les tapamos el paso a descontentos y dejamos entrar a la poesía del día a día. Todavía recuerdo aquel día en que se fueron tan cercanos uno del otro, tío, luz de mi hogar y abue, mi amigo incondicional, figuras que engrandecían mi seguridad y que ahora me dejaban desprotegida, pensaba yo y ahí estabas, pero no bastaba. Alguien más había aparecido ya, pero no importaba porque tú estabas. El tiempo inesperado, tres rupturas y dos amores que no cedían, tu amor, mi amor, todo y nada, decidimos la retirada; te saqué y dolía.”

—Claro, Gabriel, recuerdo cómo hiciste un drama. ¡Aaaaay, qué flojera contigo y tu lloradera! —La curiosidad era cada vez mayor, Diana seguía leyendo:

“Llegaste grande, egoísta, a enamorar y sólo ilusionar a la persona que decías que era quien menos querías lastimar, sabes? Te doy gracias a pesar de mi desgracia, porque sólo tú lograste reanimar mi decaído corazón y me enseñaste que no debo dar todo de mí si no tengo nada a cambio. Entraste oficialmente un 30 de noviembre y en aquel corazón de cartulina te dije: sí, claro que quiero ser tu novia! Dibujaste en mí una eterna sonrisa, nada ni nadie la podía borrar, detalles, comprensión, me olvido de mí y no importa, porque tú estás... 30 de diciembre, 30 de enero, poco a poco me aniquilabas, jamás lograba ver con claridad, mi familia, mis amigos, todos angustiados por mí y yo sin escuchar, me recordabas tanto a aquel que se fue, que aunque tu presencia sólo me lastimara, no quería soltarte, pero llegó el 30 de febrero y el de marzo y de nuestro amor sólo dudas, amándote aún decidí dejarte, olvidarte, aunque eso todavía no pase.”

—¿30 de febrero? Ay, hermanita, sí que andabas mal... Ese fue Omar, tan bien que me caía... Pero bueno, mis papás te decían y tú jamás entendiste, y ahora que estás lastimada ya quieres recapacitar... Sin duda, hermana, has pasado tu vida besando sapos...

Inesperadamente la madre de Diana entró a la habitación y molesta dijo:

—Hija, sal del cuarto de tu hermana, ella está por llegar y tú no tienes nada que hacer aquí.

—Sí, mamá ya voy —refunfuñó Diana.

De todas maneras ya terminó, pensó. Dejó todo en su lugar y se fue a continuar su tarea. Luego de veinte minutos Allison llegó y dejó sus cosas sin decir una palabra. Se metió su habitación y entre lágrimas escribía:

“Aquí estoy de nuevo, arrinconada, triste con el amor que quema y lastima... Aquí estoy con el alma rota y el habla entrecortada, con las ilusiones vacías y un dolor que no se calma, te entregué mi vida sin reservas y ahora lamenta mi felicidad en su despido que así haya sido. De verdad no me explico cómo el corazón a pesar de la resistencia y las heridas, sigue empeñado en querer, por qué no se queda quieto y ya! Desde hace tiempo buscamos la felicidad y no le veo fin a la desilusión, si es verdad eso de que se tienen que besar muchos sapos antes del gran amor, prefiero no besar ninguno antes y esperarlo sola aunque sea mucho el tiempo, porque este frío y la maldita confusión no tardan en volverme loca! Ni atrás ni adelante veo el futuro feliz prometido, veo corazones rotos por doquier y temo por el mío.”

Pasaron unas cuantas horas y Allison preguntó a su madre:

—Ma, ¿nadie me ha llamado?

—No hija, ¿por qué?

—No, por nada —contestó y regresó a su habitación.

Antes de cenar, Ana le gritó a Allison desde la cocina:

—¡Hija, te llaman! ¡Es Omar!

Allison, con la prisa que nunca tuvo para atender a nadie, salió de la habitación y con tremenda sonrisa saludó al teléfono:

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Ella acariciaba su cabello, sonreía, estaba feliz, como pocas veces se le había visto desde hacía ya mucho tiempo, pues a pesar del dolor que Omar le había causado, Allison aún lo quería, y aunque no lo aceptara, seguía esperándolo y anhelaba esa llamada. Colgó el teléfono y lanzó un grito enorme:

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! Mamá: voy a salir mañana, Omar vendrá por mí, ¡qué emoción!

—Hija, ¿estás segura? —preguntó Ana temerosa.

—Sí, mamá, como nunca en mi vida.

Diana, que se encontraba cerca, escuchó y pensó:

—Vaya, no has entendido, y además, ¿no que no querías sufrir más? Otro sapo más para besar...

Las lágrimas de Raúl

La mañana en que Raúl, un árbol arraigado en La Primavera, cumplió cien años, la nostalgia lo invadió y comenzó a lamentar la pérdida de sus amigos árboles.

Aunque, recordaba ahora, la primera vez que lloró fue por Laura, un pino alegre que había dado espacio para vivir a muchos pájaros y que siempre inspiraba a las familias a sentarse bajo su sombra y a jugar cerca suyo.

Luego vinieron árboles nuevos y logró establecer un lazo familiar con todos ellos. Reían a carcajadas siempre, hasta que un equipo de leñadores acabó con todos.

Así pasaba la existencia, se iban unos y venían otros. Transcurrieron los años y los humanos dejaron de cuidarlos, hacían fogatas provocando incendios kilométricos, de los cuales el bosque no se reponía, hasta que Raúl se fue quedando cada vez más solo; a él no lo cortaban porque el jefe de los leñadores lo apreciaba y no dejaba que eso sucediera.

Cierto día el árbol se enteró de que su protector había muerto.

—Estoy seguro de que como él yo moriré también, porque ya nadie abogará por mí —se lamentó.

Parecieron proféticas sus palabras, pues frente a él se encuentra ya un joven leñador.

—¡Auuch! ¡Auuuch! Me duele, ojalá pudiera oírme —decía Raúl.

El leñador seguía talando, ignorando las lágrimas que rodaban por el tronco del bello árbol.

—¡Me duele! Mi corazón... mi corazón... ¡Nooooo!

El leñador terminó su trabajo. Raúl había muerto y todos los seres vivos se quedaron sin el oxígeno que él les brindaba.

Al levantar su tronco, tallado en su corteza se hallaba un mensaje: “Ya me mataron a mí, ya eliminaron un poco más de oxígeno de la tierra, por favor no talen inmoderadamente, utilicen sus recursos renovables, son inteligentes y sé que sabrán hacerlo, ojalá que mis lágrimas ayuden a que la herida de la capa de ozono se cure pronto y ustedes, humanos, entiendan.”

Yilda Citlalli Navarro Gutiérrez

No hay nada

En la ventana
mi mente se congela:
el reflejo de mi alma acabada
es una llaga de sangre insepulta.

Vago recuerdo

Verde pensamiento
disipa
mi estanque de amargura.

Máscara

Las marcas de agonía
cercan mi libertad
arrastran mi anarquía
a un caos descomunal.

Mujer

Boca esbozada
ojos goyescos
rasgos detallados
y lúcida mirada:
armónica belleza colosal.

Protección

Como mi sangre que corre,
como el viento que fluye,
y como el alma que sufre
así es la nada que me cubre.

Lágrima

Brotó el cristal,
rodó por la montaña,
cayó, y al final
en polvo se convirtió.

Nube

En aquel manto
me encontraba sola,
sin luz.
Al final sólo quedó
mi llanto en la montaña.

Mi brisa

Tus caricias
tan lejanas
como la
brisa fría
de la muerte.

Tu sabor

La octava sinfonía:
el roce de nuestros cuerpos
al son de las olas
de la noche.

Ser o no ser

Nadie puede contener
la sed de matar
al ser que convirtió
la vida en un infierno.

Tristeza

Nubes encontradas
solas, sin vida.
Como el abismo
el vestigio
de mi mente encharcada

en trance de locura
tan cruel
como la lluvia

Momento

El color de tu voz
la respiración desgranada
en trance:
tu mirada perpleja.

Y yo
sola
tan sola
esforzándome en construir
una eterna soledad
en el apogeo
de tu voz.

Yo

Mi alma
atraviesa
una melodía.

Suceso

Amanecer en tus brazos,
sentir el calor

de nuestros cuerpos
fingir que el tiempo no existe.

Construir un paraíso inminente
gozar solos nuestro mundo
y transformar el tiempo
en un recuerdo.

La profundidad de un suspiro es el grado de tu ausencia.

Rosa

Ese velo que cubre
la caricia de tu piel
acelera mi pulso
como un reflejo de mi pensamiento.

Corrientes literarias fluyen por los poros de mi escritura.

Sensibilidad

Sinestesia de mi palidez
voz humeante
llena de color
armonía musical
y las chispas rodeándome
en un regocijante
acorde.

Todo se pulveriza en el manto de tu mirada inerte.

Anónimo

El corazón de una mujer es resguardado por los más íntimos secretos que en ella habitan.

Guadalajara, Jalisco, a 11 de noviembre de 1993

Querido:

Hacía mucho tiempo que no te escribía. Después de darme cuenta de cuán rebuscada es la vida y de saber que la maldad existe, sí, lástima que no nos percatemos antes de que el tiempo nos alcance y nunca más nos deje retroceder.

Pero no lanzaré más palabras al aire, a lo que voy.

A ti te estoy hablando, tú, ése que reprimió mi voz y la convirtió sólo en suspiros vagos, el que me mantuvo alejada de mis principios morales, logrando manipular mis decisiones y sin pensarlo accedí, noche tras noche, sintiéndome desdichada, pensando en que habría un mañana.

Sin embargo, fingiste alimentarme con supuesto amor; yo en mi ingenuidad te creí las mil y una de tantas palabras dulces que decías, sin saber que el infierno te encargaría de construirme, transformando mi alegría en amargura.

Tú eres quien mantuvo el dominio absoluto en esos ojos negros que tienes. Ahora, ¿por fin estás contento? Porque yo nunca te agredí, tampoco te engañé y mucho menos te humillé. ¿Así es como me pagas?

Pues ahora puedo saber que nunca hubo un “nosotros”... fuiste tan egoísta. Pero no seré como tú, no te juzgaré, pues pronto lo pagarás porque en este cementerio nos veremos y lo más probable es que te visite en el infierno.

Con odio, para ti.

Djinn

Nadie supo nunca si era real o una simple leyenda. La historia iba de boca en boca hasta que, por azares del destino, llegó hasta mí, a esta generación cuya curiosidad y avaricia consume el cerebro.

Según la leyenda, el viejo árbol de los ojos incrustados era conocido como el Djinn, socio de la maldad, encargado de torturar las almas y creador del terror en el bosque. Se murmuraba que antaño había sido un joven bien parecido, que deseaba calladamente a una noble muchacha. Pero su secreto llegó a oídos de su mejor amigo, y éste lo traicionó. En su terrible agonía el joven realizó el ritual en la Ciudad de los Árboles, en el cual el ataúd era el árbol y él tenía que entregar su alma por toda la eternidad. A cambio, sería inmortal y podría vengarse de los que le hicieron daño. El primero en caer fue su amigo, después la muchacha, y no satisfecho continuó con las siguientes generaciones pobres de corazón, aquellos que albergaban ambiciones no satisfechas.

Pero una mañana llegó a sus raíces un joven limpio de corazón. Para tentarlo, el Djinn le preguntó: “¿Qué deseas? Cualquier cosa que sea, te la concederé.” El joven sólo sonreía. El Djinn volvió a preguntar, pero la sonrisa que no se borraba del rostro del joven sólo lo enfurecía, hasta que éste respondió: “No deseo nada. No necesito tus obsequios, soy lo que quiero y nada me falta.” Puro llegó y puro se retiró. El Djinn se quedó revolviendo el veneno de su savia y a partir de entonces el poder de su venganza se agotó. Y así, el viento sigue susurrando sus secretos, pero a pesar de la quietud, al pasar por su sombra yo sé que en la Ciudad de los Árboles siguen escondiéndose incontables secretos.

Un día para temer

Era el día acordado. Se avecinaban algunas sombrías nubes negras que tronaban tan amenazadoramente que, de oír las, mi piel se estremecía y lentamente se congelaba.

Me daba miedo estar en esos lugares llenos de dolor, pues siempre había mucha gente llorando de remordimiento de conciencia por una persona que ya no vive.

Se acercaban algunas personas con vestidos, lentes y algunos paraguas de negro. Lograba percibir suspiros profundos envueltos en llanto, susurros por la carroza fúnebre que venía atrás de ellos. Yo siento cómo mi corazón late aceleradamente cuando ella se va acercando.

Algunos truenos en el cielo y comienza a lloviznar. La carroza apaga las luces delante de mí, un tipo negro con lentes oscuros y traje me sonríe siniestramente; baja del vehículo y se dirige hacia atrás con su compañero, abren la cajuela, ponen el carrito perfectamente a la mitad del ataúd para deslizarlo sobre el camino que conduce a su sepulcro.

Pero cuando llegaron junto a mí el tipo se carcajeó y por un momento soltó el ataúd, su cabeza giró hacia mí y me dijo:

—¡Qué gracioso!, ¿no? Hoy es tu día y piensas que eres una invitada... —se siguió riendo y se quitó los lentes—. Créeme, esto no te dolerá...

Yo no sabía qué decirle, mis labios estaban mudos y mi piel congelada con las palabras frías de ese hombre que, por alguna razón, me daba miedo, pero le respondí tragando saliva:

—¿A qué te refieres? —le pregunté con voz quebrada y queriendo que alguien me ayudara, pero nadie lo hacía.

—¡Ja! Siempre son ingenuos pero no tanto como tú, pequeña. Mírate: ¡estás MUERTA!

—Claro que no... —fingí sonreír y desacreditar lo que había sentenciado— yo, yo no puedo estar muerta, estoy viva...

—Sí, claro, mira el ataúd ¡maldita sea! —apuntó y dirigió el dedo hacia él.

Yo me acerqué con pasos cortos y temblorosos, abrí la tapa lentamente, suspiré y miré a una chica que no era yo. Me volví y el tipo seguía riéndose y sin contenerse dijo:

—¡Te la creíste! Ven acá, Anita querida, soy tu tío Juan, venía a visitarte y tu madre te quiso jugar una broma para que ya no le temieras a los cementerios —y seguía riéndose aun cuando yo no le hallaba lo gracioso y prosiguió—: ah, y la chica de allí adentro es tu prima Sandy. Vamos, abrácese —me dijo tiernamente.

Ahora estaba más confundida, enojada y asustada. Mi madre me había hecho venir sola a un cementerio nada más para asustarme y ese tipo loco era mi tío. Definitivamente creo que ahora le tendré más miedo a los cementerios.

Carmen Alejandra Rincón Contreras

Vida en tinieblas

Una máscara muestra
la verdadera cara de la gente:
sin una gota de felicidad.

La vida:
un día hundido en las tinieblas
y un inmenso silencio.

Andrea Robles Moreno

Cuatro paredes

En la esquina
besos clandestinos,
concierto de suspiros,
bostezos y ronquidos.

Escucho...

Escucho
los pensamientos
de tu mente desordenada.

Siempre distraída
perturbando mis sentidos
con tus ranas voladoras
y tus estrellas descolgadas.

Confieso:
cada presente
es el alimento
que me da vida.

Instante

La tarde, cuando el sol azul pensaba en la luna y su color era un laberinto, miré tu melena de serpientes y tus ojos de goma color negro, ahí donde las paredes húmedas besan tu piel, donde se puede conversar con el silencio. Me acerqué, guiada por el lamento de tus talones agrietados, viejos, cansados de seguir a una niña que lloraba flores amarillas.

Te toqué y no me oliste, me miraste y no te sentí. Te abracé y después simplemente me fui.

¿Tú o él?

Él me inspira confianza, a pesar del poco tiempo que tengo de conocerlo. Es un poco tímido, a tal grado que se vuelve antisocial.

Al igual que tú, dibuja de maravilla, le apasiona y sabe escribir, tiene ojos expresivos, labios gruesos, voz grave. ¡Ah!, también le gusta el Facebook y ver videos en Youtube.

Tú, mi bipolar favorito, lo dijiste aquella vez: “Todos estamos locos.” Me pregunto: ¿cómo te puedo querer? Si te vas, no te importo, te sumerges en tus problemas hasta ahogarte en ellos, no ves que estoy aquí. ¿Acaso soy tan invisible? Creí que ya había dejado de serlo.

Sé que tú la quieres a ella.

Qué ironía ¿no? Tú le escribes a ella y yo a ti.

Tú, sí, tú, el que seguramente está leyendo esto y después lo dejará a un lado, sin darle importancia.

Tú, el de ojos bonitos, cuerpo tosco, cabello negro, no natural, grandote, vanidoso. Sólo quería decirte: “¡Hola, estoy aquí, mírame!”

Sí, ¿tú o él? Él es más amable, más sencillo, pero aun así tú eres el primero y, créeme, lo entiendo. Soy una loca en un laberinto de dudas.

Pero, ¿tú o él?!

Son tan parecidos, las únicas diferencias serían que tú eres libra, él sagitario, con cabello castaño y corto, tú mucho más alto y grande que él, tú estás en mi clase y para él yo no soy invisible.

Te quiero, y quiero tus mejillas regordetas, esa pancita pachoncita, los ojos bellos y negros que tienes debajo de esas cejas delineadas, esa nariz respingada, el cabello peinado con ese flequillo de lado, pero lo que más me gusta es tu barbilla, la sensibilidad que tienes y esa mirada triste y perdida que reflejas con frecuencia.

¿Tú o él? Siempre serías tú, definitivamente.

Julián

Jueves. Las horas frías y rápidas, de qué le servía ya cerrar sus ojos. Comienza la rutina, antes de las siete ya tenía que estar preparada, con sus gorditas al comal, más de veinte años vendiendo en aquel tianguis. Ella, su cabello negro azabache, recogido en dos trenzas largas, su falda y su rebozo limpios, cuatro hijos, cinco nietos, una abuela muy amorosa, seguro, como todas. Hace ya varios días el insomnio se volvió parte de su vida, y en su cabeza gira la pregunta monótona e insistente: ¿Por qué a él?

—Doña, ¿está Julián?

—No, se fue a la escuela.

—¡Neta!, no me acordaba. ¿Y a qué hora llega?

—A las siete, pero no va a salir a la calle.

—Chales, ¿y por qué no? Ocupo hacer unos bisnes con él.

—No, porque el sábado llegó bien borracho y drogado.

—¡Ja, ja, ja! Nel, yo no le di de esa madre.

—¿Quién fue, Pancho? ¡Tú sabes, dime!

—Pos sí sé quién se la dio, pero si le digo, me madrean. Entonces qué, ¿lo va a dejar salir?

—No, y no es no. ¡¿Me escuchaste?!

—Simón, adiós doña, me saluda al Julián.

*

—¡Tarde otra vez, señor! Al parecer usted no comprende el término puntualidad. Con este ya van seis retardos, uno más y se queda sin derecho a ordinario. ¡Siéntese rápido! Y usted, señorita Susana, me sorprende, nunca había llegado tarde. ¿Ve lo que pasa cuando se junta con vagos como éste? Siéntese y que no vuelva a pasar.

Comienza la clase.

*

Saca su agenda y apunta el número de la señora.

—Entonces, señora, mañana me habla para confirmar, yo hago unos shows bien padres, todos sus invitados se divertirán.

—Sí señor, yo le marco.

Se despide.

Su máscara oculta su dolor, es el héroe de las fiestas, pero mentiroso, fingir que es feliz es olvidarse por un momento de su vida y ser parte de la de ellos; su peluca de colores, al igual que su traje, sus zapatos grandes, muy grandes, esa nariz roja. Sí, Jorge es un payaso, un payaso mentiroso.

*

Cursi, esa es la palabra. Desde que conoció a aquel muchacho todo es color rosa. Susana, dieciséis años, una joven dedicada al estudio, una buena hija.

La mañana, fresca, tan similar a la de ayer.

Se detiene, ella se sube, la cuarta parte de su vida está en el camión, piensa, piensa, se ve en el espejo, se rasca la mejilla, piensa otra vez, escucha música, mira por la ventana, le sonrío.

—Hola.

—¿Qué onda? ¿Es temprano?

—Sí.

—¿Puedo?

—Sí, pero no creo que te guste de esta música...

Se bajan, comienzan sus clases.

*

Tarde, las ocho de la noche, todo por quedarse a ver a ese muchacho.

Felipe, ojos verdes, alto, bien parecido, desde hace una semana conoce a Susana, jamás la había visto, pero tiene curiosidad por saber qué hay más allá de sus ojos, con esa mirada triste pero que dice “te quiero”, de su sonrisa hermosa aunque sea forzada, qué hay más allá de su cuerpo minúsculo, de su sentido del humor confuso, pero inexplicablemente no se atreve ni a decirle un “hola, ¿cómo estás?” Ellos ya han estado cerca, reflejados en las pupilas del otro, con la lengua engrapada al paladar como si hablar fuera un pecado, con la piel erizada y con esa sonrisa estúpida que sólo tienen los enamorados.

*

Julián, un chico distraído, buen amigo, buen nieto, desde sus seis años vive con su abuela Lupita. Sus papás, de ilegales en Estados Unidos, no recuerda sus rostros, no recuerda nada de ellos, pero, ¿para qué?, qué más da si él los recuerda, si ellos no lo recuerdan a él. Jamás ha recibido una carta, ni llamada, ni dinero. Hace

tiempo comenzó a beber en la oscuridad de las calles, para no sentir dolor.

*

Se detiene, se sube, se detiene de nuevo y sube él.

—Hola.

—Hola. ¿Por qué tan tarde? ¿Lo viste?

—¿A quién?

—A Felipe, el güey que me contaste.

—Ah, sí.

—Y tú, ¿por qué tan tarde?

—Es que me quedé con unos compas.

—¡Julián, ya no tomes!

—Ah, déjame.

—No te enojas, pero, ¿qué ganas con eso, eh?

Julián, apenado, baja la cabeza. Silencio.

*

Susana ama a su padre como a nadie más, son fuertes cuando están juntos. Él trabaja duro para ella, su pequeña, el único tesoro que le queda, los dos la extrañan mucho, pero ya no está, una bala perdida le quitó la vida, ahora vive, sin vivir.

—¿Papá?

—¡Acá en el cuarto!

—¿Cómo te fue?

—Bien, hija, hoy tuve una fiesta, con unos niños muy risueños.

—Qué bueno, papá, descansa, yo me preparo la cena.

*

—Dios mío, protégemelo por favor. ¿Dónde estará ese muchacho?

Tocan a la puerta y doña Lupita abre preocupada.

—Doña, véngase rápido, el Julián se desmayó.

—¡Ay, no! ¿Dónde?

—En la unidad, dicen que se metió de las más fuertes...

—¡Julián, mijo, despierta, despierta! Pancho, ayúdame a cargarlo hasta la casa.

—Sí, doña.

*

Lunes, tan similar al pasado.

—No, Lupe, ¡no quiero ir!

—Vas a ir, yo ya no puedo contigo.

—Neta, te prometo que no lo vuelvo a hacer.

—Es que, mijo, no es por mí, es por ti, pa que estés bien, déjate ayudar.

—Yo no ocupo ayuda, y ya me voy a la escuela.

Sale de la casa.

*

—¡Julián!

—¿Qué quieres, güey?

—Tú me debes dinero de lo del viernes.

—¿Y?

—Que quiero que me lo pagues.

—Ahorita no tengo lana, ya me voy a la escuela.

—¡No, tú no te vas a ningún lado, me tienes que pagar!

—¡Que no tengo! Ya suéltame, cabrón.

— ¿Cómo me dijiste?

— Como oíste, que me sueltas.

Dale, dale Luis, tú puedes, Luis, Luis, Luis.

— Ya no manches, Luis.

— ¡Quítate, Pancho!

— Luis ya, no mames, ve cómo está, te pasaste, lo dejaste bien madreado.

— ¡Ja, ja, ja! ¿Y qué? ¡Pa que aprenda!

*

Se detiene, se sube.

Piensa, lee, escucha música, cruza los brazos, piensa otra vez, mira por la ventana, esta semana no sube él.

*

— No se quedó.

— No manches, Felipe, ya estás bien clavado, te hace mal esa chava.

— ¿Por qué no se habrá quedado esta semana?

— ¡No sé, güey, pero hay más mujeres en el mundo! Y además, a ella ni le hablas.

— No manches, ¿y qué? ¿Quieres que me guste una morra igual a todas las demás? Ella es diferente.

— Pues sabe.

Se meten a clase.

*

Suena su celular.

— ¿Bueno?

— Señor, ¿puede venir para mañana, a la fiesta de mi sobrino?

—Ahora sí le quedé mal, señora, en la semana me asaltaron y me dieron un navajazo y pues estoy en reposo.

Se abre la puerta.

—¿Quién es, papá?

—Una clienta.

—No se preocupe, gracias señor.

Cuelga.

—Papi, ¿y si yo voy a la fiesta? Ahí tengo mi traje.

—Pero, ¿quién te va a acompañar?

—Lucy, le presto el otro traje...

Fiesta, globos, pastel, piñatas, niños, diversión y para ellas un descanso, para comer.

—¡Hola! ¿Susana?

—¿Felipe? Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Nervioso, sorprendido, feliz, por verte aquí.

—¡Ja, ja, ja!

La piel erizada, reflejados en las pupilas del otro, la sonrisa de enamorados, el tiempo lento, pero hoy con la lengua desengrapada como si le tuvieran miedo al silencio.

*

Se detiene, se sube. Sonríe, sonrío, piensa, escucha música, lee, sonrío otra vez, es feliz de nuevo, mira por la ventana, él se sube.

—Hola.

Él no contesta.

Se detiene, ella se baja, él sigue.

—¿Puedo pasar?

—Tarde de nuevo, señorita Susana, me sorprende, pase. ¿Y Julián?

—No lo sé.
Comienza la clase.

*

—¡Hola! —lo besa.
—Hola, hermosa. ¿Cómo estás?
— Bien, sólo que ya me tengo que ir, mi papá tiene un nuevo trabajo, ya vamos a estar mejor.
—¡Qué bueno!

*

Se detiene, se sube ella, se detiene, se sube Julián. Lo mira, ya no lo reconoce, Julián le sonrío, se recorre. Un golpe, el grito de una señora, Julián desmayado, débil, muy débil.

—Siéntenlo, rápido.

Sientan a Julián, Susana vuelve la cabeza y lo mira tras de ella, sentado, con la cabeza baja, llorando.

*

Jueves, un jueves diferente, ella, su cabello negro azabache hoy lo lleva suelto, largo, largo, su falda y su rebozo limpio, hoy de color negro, cuatro hijos, cuatro nietos, una abuela amorosa, seguro, como todas, pero hoy triste.

*

Se detiene, se sube con Jorge, su padre. Piensa, piensa, llora, se limpia las lágrimas, escucha música, mira por la ventana y la reconoce, ella se sube. Se abrazan y lloran juntas.

*

Julián, un chico distraído, un buen amigo, un buen nieto, desde sus seis años vivió con su abuela, doña Lupita, diecisiete tenía, ayer murió por sobredosis, sus padres, de ilegales en Estados Unidos, jamás recordó sus rostros, ni ellos jamás lo recordaron a él. Julián, Julián, ya no se subirá con ella al camión a escuchar música, ya no llegará tarde a clases, ya no tomará, ni tendrá otra sobredosis, ya no estará triste, ya lo recordarán por siempre.

*

Lunes, fresco, pero diferente a los demás.

Se detiene, se sube. Piensa, piensa, lee y mira por la ventana. Se detiene, pero él ya no sube, ya no subirá jamás.

En el trono del rey

Otra vez aquí en el trono. Hay una revolución en mi estómago. Trato de recordar quién provocó esta batalla: no sé si fueron los tacos al pastor y chorizo de mi tía Leti, o los huevitos rancheños con demasiado picante, como me gustan; quizá fue la tortita ahogada que me cené ayer... La verdad no sé qué habrá sido, pero este fin de semana estuvo padrísimo, porque hace dos años que no veía a mis tías y la neta ya las extrañaba, y más a sus platillos tan riquísimos. Claro, tenía que aprovecharlos porque aquí la señora que nos ayuda, doña Lupe, hace la comida con mucho concentrado de pollo, qué asco; de sólo acordarme de sus comidas se me revuelve más el estómago. ¡No! Por eso mejor como en la casa de Ximena; la señora que ahí cocina tiene un sazón que... ¡Dios, qué rico! Pero no supera a mis tías, aunque lo malo es que Ximena no me invita seguido a su casa. ¡Ah!, es mi mejor

amiga, y lo que sea de cada quien es bonita, y de hecho quiere ser modelo, pero que no le gustaría estudiar sólo eso, sino también derecho, es que dice que su mamá platicó con ella y le dijo que el cuerpo se acaba pero el cerebro no; es inteligente, pero mucho más lo es Selene, otra amiga que quiere estudiar para químico farmacobiólogo. A mí que ni me gusta la química, eso de carbono e hidrógeno, alquinos, alcanos... todo eso en verdad no me agrada, por eso yo quiero estudiar música y convertirme en una *rock star*, pero eso sólo es un sueño, lo más seguro es gastronomía, tengo a las expertas en mi familia. Sé que es una carrera cara, pero por eso yo y mi amigo, casi hermano Octavio, que también quiere estudiar lo mismo, estamos ahorrando desde este semestre, pensamos asociarnos para poner un restaurante de comida mexicana, bien picosita, será el mejor de todo México. ¡Qué padre! Ya me imagino trabajando con mi mejor amigo y probando de toda la comida.

Rrrrrrrrr... Otra vez mi estómago de nuevo, ah, ya se me antojó un pozolito, con crema y mucho chilito (yo y mis raras combinaciones), pero tengo que ir acostumbrando a mi estómago. Y en esta parte es donde interviene Selene, tiene que hacer y patentar un medicamento que corte de inmediato la acidez que surgirá en varios estómagos mexicanos.

Es que es cierto lo que dice mi abuelo: hay más placer en descomer con ganas que comer cuando tienes hambre.

Por lo pronto me tendré que conformar con los remedios caseros de doña Lupe.

Mauricio Ulises Rodríguez Dueñas

El adiós

La noche, silenciosa, sin luna, te llena de miedo y te obliga a permanecer acurrucado en la cama. El susurro del viento estrella la rama de un árbol contra mi ventana, débilmente pero lo suficiente para ponerme nervioso. Yo, en la cama, llorando.

Con las lágrimas asomando a mis ojos, esa noche volví a recordar a papá, muerto apenas unas semanas atrás. Hundido en la depresión, al borde del sueño escuché ruidos en la puerta de mi cuarto. “¿Quién?”, pregunté. Nadie contestó.

Los golpes seguían incansables, con desesperación; me sacaban de mis casillas. El insistente sonido martillaba mi cabeza. “Alguno de los perros”, pensé, pero de inmediato recordé que estaban amarrados en el patio, pues incluso ellos seguían inquietos desde que papá no estaba. En las noches se podía escuchar cómo rascaban la tierra del patio y a veces aullaban, aunque esta noche habían estado muy callados.

Entonces no eran los perros; los golpes se habían vuelto muy insistentes. “Mi hermana”, deduje, quizá tuvo una pesadilla y quería dormir conmigo. Aunque ella me hubiera suplicado a gritos que abriera la puerta y lo único que escuchaba eran los insistentes golpes.

Me levanté tembloroso, caminé hacia la puerta y giré el pomo lentamente, con precaución; al abrir la puerta ... nada, no había nadie. Miré en torno pero no había nada, ni perros ni hermanas, ni una mosca siquiera. Era la primera vez que me pasaba algo así, pero la tristeza me impedía pensar en ello.

Intenté dormir pero los golpes regresaron; abrí de nuevo la puerta y nada. Siempre me he considerado valiente, pero aquello empezaba a asustarme. Volví a la cama, pero esta vez dejé abierta la puerta para que ya no sonaran los golpes. Al momento me arrepentí, pues ahora alguien caminaba alrededor de la habitación, dando fuertes pisadas. “No debí haber abierto la puerta”, pensé aterrado; ahora un fantasma rondaba en mi habitación. Pretendí eliminar la imagen y el ruido de las pisadas enrollando la almohada en mi cabeza, tapando mis oídos, pero esa cosa no se callaba, lo pasos resonaban. Me moría al pensar que ese ser merodeaba por ahí, observándome.

Las pisadas eran tan vívidas, tan claras que no podía negar que eran reales por más que lo intentara. Los pasos, como los de una persona nerviosa, desesperada, recorrían de un lado a otro la habitación. Yo fingía dormir. “Así no llamaré su atención”, me engañaba, pero me empezaba a quebrar.

Entonces escuché cómo alguien se recargaba pesadamente en la mesa de noche, muy cerca de mi cara. No pude soportar más y grité: “¡Lárgate, lárgate de aquí, déjame solo! ¡Lárgate, desgraciado hijo de puta! ¡Fuera de mi casa!”

Gritaba a todo pulmón sin importar que me escucharan mi madre o mi hermana pequeña. Estaba tan asustado y enojado que había explotado toda la tensión de los últimos días.

Cuando me levanté de mi cama para proferir la siguiente tanda de gritos sentí que algo muy caliente envolvía mi pecho, mi espalda y mis hombros. Por un momento la sensación se volvió muy intensa, sentí que me ahogaba, y luego nada. Esperé unos momentos y después noté un claro movimiento de la puerta, que se cerró con suavidad.

Después entró mi madre a ver qué me pasaba. Para no preocuparla le dije que había tenido una pesadilla.

Al día siguiente en la mesa de noche encontré una pequeña nota que decía:

“Siento las molestias que te causé anoche. Yo sólo quería decirte cuánto te quiero por última vez y despedirme de ti, de tu madre y de tu hermana, pero veo que en mi estado actual eso no será posible. Me dio gusto abrazarte por última vez”.



La nave de los locos se terminó de imprimir en los talleres de Editorial Pandora S.A. de C.V. en octubre de 2013, Guadalajara, Jalisco.

El tiraje consta de 300 ejemplares.

En este libro se utilizaron las fuentes Arno Pro y Karmina Sans.